

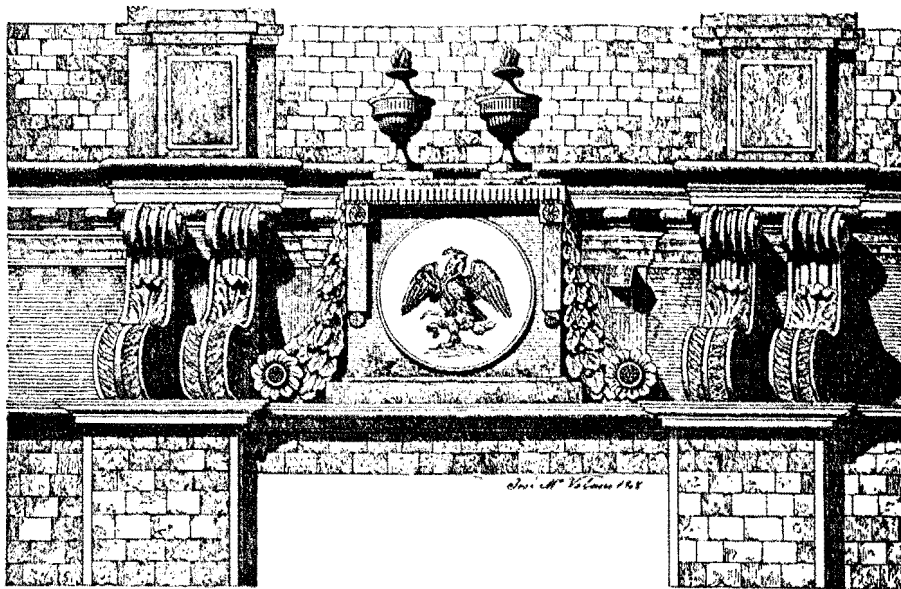
GUERRA DE INDEPENDENCIA

EN LAS

COLONIAS ESPAÑOLAS DE AMÉRICA,

POR

JESÚS M. ESCUDERO.



Voilà en gage mon épée:
j'y vais la reprendre!
F. FÉLIX.

I.

Entre todos los próceres de la libertad americana, entre los más esforzados capitanes insurgentes de las dos vastas penínsulas que forman el Continente, entre los genios militares más extraordinarios, se eleva la más excelsa figura que admirar pudieran las naciones: ¡Morelos! Ninguno le aventaja, ninguno como él, fué el prototipo más completo del mártir que, traspasando los humanos límites, invadiera el legendario olimpo de los semi-dioses, y con toda verdad conquistara gloriosa inmortalidad. Nadie como él ejerció más poderoso y eficaz influjo en la emancipación de las colonias españolas, todas, de aquende el Atlántico.

Y estas afirmaciones no descansan en leyendas más ó menos fantásticas, no, sino en hechos portentosos, real y verdaderamente ciertos, consignados imparcial y explícitamente en la Historia, aun por los notoriamente apasionados detractores de la causa de la Independencia de México.

Morelos fué el primer genio militar de su siglo en ambas Américas, y quizás en el mundo entero. No afirmo en lo absoluto lo último, porque, desde luego, la índole y dimensiones del presente estudio no me permitirían probar mis asertos, no siéndome posible establecer comparaciones entre el prohombre de que justamente se enorgullece México, y cada uno de los remarcables paladines de las otras partes mundiales, en virtud de las disímbricas circunstancias de unos y otros. Límite, pues, mi modesta labor á lo que aun en el día se llama la América española, agitada por causas, miras é intereses de absoluta identidad, en los primeros albores del siglo XIX.

No lo igualan, ni menos lo superan, los ilustres patriotas de la Banda Oriental del Plata, que se llaman Artigas, Benavides, López y Rondeau; no, los altooperuanos Saavedra y Moreno; no, los generosos argentinos Belgrano, Balcarce, Castelli, Alvear, Ocampo, Puyrredón, Rivadavia, San Martín; tampoco el valiente chileno O'Higgins, ni Mariño; ni el mismo venolozano Miranda, que antes había obtenido laureos en Francia al lado de Dumouriez y también había tenido el honor de luchar bajo las banderas de Washington, en las antiguas colonias inglesas del Norte que hoy forman nuestra vecina república; ni siquiera el más distinguido campeón venezolano, Bolívar, el apellidado Libertador.....!

¿Por qué?—Abramos la biblia de la historia, y despojados de toda pasión, contemplemos los hechos de todos y cada uno: el laudo de este gran libro, árbitro imparcial y justiciero, al dar á cada cual lo que merece, nos colocará en primera línea, y sobre toda la esplendente pléyade de inmortales latino-americanos irradiarán las indeficientes y poderosas fulguraciones del almo sol de América, Morelos.

Señalemos los acontecimientos históricos más notables de la época para comparar la trascendencia y utilidad de las campañas de todos y cada uno de los principales caudillos de todos los pueblos latino-americanos; desde Ocampo, San Martín, etc. y Bolívar, el más distinguido de los del Sur, hasta Morelos, el primero entre los más esclarecidos de la totalidad, no por el brillo de sus victorias, sino porque éstas y aun su misma muerte de águila que cae, noble y digna, fueron material y moralmente tan fecundas en bienes inmediatos para la causa común de la libertad, como fecundísimas fueron también en desastres de todo género para la opresión.

Al mencionar ligeramente los sucesos de una y de otra región, haremos previamente notar las diferencias y semejanzas que guardaban entre sí las naciones que en los actuales momentos celebran el primer centenario de su emancipación, para concluir en que á México corresponde la preeminencia por haber sido la primera, cronológicamente y en todo orden de ideas, que se lanzó á la rebelión y supo por sí sola recuperar su soberanía.

II.

Al comienzo de la dominación española, en el Sur de nuestro Continente, se estableció el Virreinato del Perú, y á éste siguió el de Nueva Granada, y las audiencias anexas á dichos virreinos, así como las capitanías generales de Caracas y Chile. En 1559 se erigió la Real Audiencia de Charcas, con asiento en Chuquisaca, Alto Perú (hoy Bolivia), y su jurisdicción se extendía á todo lo que hoy es el Departamento peruano del Puno, al Paraguay y á la Provincia argentina del Tucumán. Los jesuítas, desde 1593, fueron fundando parroquias en el Paraguay para convertir indios á la fé católica. Estas parroquias, que se llamaron *reducciones* ó *misiones*, llegaron á sumar hasta 33, y los hijos de S. Ignacio, que, en honor de la verdad sea dicho, contribuyeron eficazmente á la civilización de aquellas comarcas, alcanzaron tal predominio sobre conquistadores y conquistados, que verdaderamente reinó en todo el país la poderosa Sociedad de Jesús. En 1750 España cedió al Reino de Portugal el territorio ocupado por las *reducciones*; pero once años después se incautó del mismo, expulsando más tarde á los misioneros ó reductores.

Por real cédula de 1º de agosto de 1776 fué creado otro Virreinato, el de Río de la Plata, que comprendía lo que hoy es República Argentina, Paraguay, Banda Oriental (Uruguay) y el Alto Perú (la cuarta parte de Sud América). El primer virrey fué D. Pedro de Zeballos, que sólo gobernó seis meses más ó menos, sucediéndole el que verdaderamente inauguró el régimen virreinal, tan felizmente liberal en Buenos Aires, D. Juan José de Vértiz, de grata memoria, mexicano de origen, 1 que debido precisamente á su nacionalidad, 2 gobernó dignamente la colonia más de quince años, haciéndola prosperar en todos sentidos, principalmente en el orden intelectual, pues que desde antes de la erección del Virreinato, siendo Gobernador de Buenos Aires, supo emplear los cuantiosos bienes de los jesuítas, expulsados por su antecesor el Gobernador D. Francisco Bucareli, en fomentar la educación y beneficencia públicas; á su gobierno se deben las mejoras introducidas en la capital, fundación de paseos, hospitales, casas de corrección y de expósitos, introducción de alumbrado, construcción de fincas y muchas obras que lo acreditan de hábil y progresista. Llevó á cabo la exploración de la Patagonia, y á orillas del Río Negro fundó la ciudad del Carmen.

Después de quince años de importantes servicios, Vértiz solicitó su retiro, el cual le fué concedido en términos honoríficos en 1784.

No poca fortuna tuvo el pueblo argentino con que su gobierno vi-

1 C. M. Urien.—Hist. y Geografía Argentinas.—Págs. 22 y 23.

2 *Ibíd.*—Págs. citadas.

reinal principiara bajo tan felices auspicios, y no es menor nuestra satisfacción al considerar que quien así lo educaba y sábiamente lo preparaba en cierto modo á la conquista de un envidiable destino, era un hijo de México, verdadera cuna de las libertades americanas. Dice Urien: «.....y á este origen se debe sin duda el progreso que imprimió su gobierno á estas regiones, porque Vértiz, inspirado en el espíritu nuevo, llegó á consumir una revolución moral en las ideas y en las costumbres de su época.»

A Vértiz lo reemplazó D. Nicolás Cristóbal del Campo, Marqués de Loreto, tercer Virrey de Buenos Aires. Durante su administración nada ocurrió notable, ni se distinguió, como su antecesor, por un espíritu liberal y progresista (1784-1792).¹

Al Marqués de Loreto sucedió el Teniente General D. Nicolás de Arredondo (4º Virrey), que duró hasta 1795. En esa época se exportaron algunos miles de pieles de caballo y se introdujeron en cambio, al país, esclavos negros en grande escala. Ya entonces empezó á figurar en la administración D. Manuel Belgrano, como primer secretario del recién establecido Tribunal del Consulado.

De 1795 á 1797 gobernó el 5º Virrey D. Pedro Melo y Portugal, quien falleció en Montevideo el mes de abril de este último año, y no fué reemplazado sino hasta marzo de 1799, por el 6º Virrey, Marqués D. Gabriel Avilés y del Fierro, que promovido al año siguiente al Virreinato del Perú, fué substituído por el Mariscal del Pino y Rojas, en cuyo gobierno se inauguró el nuevo siglo con el primer periódico que tuvo la colonia, el «Telégrafo Mercantil,» que fué suprimido en octubre de 1801 por orden del Virrey, publicándose en cambio, desde diciembre del mismo año, «El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio,» redactado por D. Hipólito Vieytes.

En el tiempo de del Pino se fundaron en Buenos Aires una Escuela de Pintura y otra de Francés, y cátedras de Química, Anatomía y Medicina (1801-1804).

Al Mariscal del Pino sucedió el 8º Virrey, el Marqués de Sobremon-te. Durante su administración tuvieron lugar en ambos mundos sucesos políticos que directa ó indirectamente influyeron en favor de los destinos de las posesiones españolas del Plata.

En virtud de la conducta de España hacia Napoleón, la Gran Bretaña, en guerra con Francia, creyó conveniente apoderarse de cuatro fragatas españolas que llevaban caudales del Río de la Plata á la Península; este acto de piratería hizo que Carlos IV declarase la guerra al Gobierno Británico, y aliado con Francia empeñase el desastroso combate de Trafalgar, donde España sufrió el golpe decisivo de muerte, como potencia naval, que la imposibilitó para la defensa marítima de sus colonias americanas.

¹ *Ibidem.*—Pág. 23.

Así fué fácil á Sir Guillermo Car Berresford, después de posesionarse de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza, entrar al Rio de la Plata el 6 de julio de 1806, ¹ y desembarcar en la costa de Quilmes mil seiscientos treinta y cinco soldados que se apoderaron, por sorpresa, de Buenos Aires, dispersando á setecientos vecinos montados, que fué la única fuerza que el Virrey pudo oponer al invasor. Nótese la debilidad de España en el Mediodía, si se tiene en cuenta el formidable ejército que entre nosotros y con nosotros sostenía en el Septentrión.

El Marqués de Sobremonte huyó vergonzosamente á Córdoba. (Sus defensores dicen que para reunir las tropas del Virreinato y recuperar la ciudad perdida.)

El enemigo saqueó las cajas fiscales y extrajo de ellas \$1.438,414.00⁰ que mandó á Londres, para dar una idea de las riquezas del Plata, lo que produjo un efecto extraordinario y alentó al Gobierno inglés á enviar al año siguiente una nueva expedición, más poderosa, contra tan tentadoras y descuidadas regiones.

No podemos dispensarnos de copiar, en apoyo nuestro, á uno de los dos autores antes citados, para realzar más el contraste que ofrecían los virreinos de México y Buenos Aires al comenzar la centuria que hoy celebramos.

Así cuenta este episodio:

«Berresford expidió una proclama, procurando tranquilizar al pueblo; ofreció garantías á las personas y propiedad particular, preconizando al mismo tiempo el derecho soberano adquirido por su rey en virtud de la victoria.

«Mientras los servidores del rey abandonaban en manos del enemigo la capital del virreinato, el pueblo, guiado por sus propios instintos, no pensó más que en la reconquista, y decidió prepararse á la lucha para expulsar al invasor.

«El nervio y el alma de este movimiento memorable fueron don Martín de Alzaga, Alcalde de primer voto y el Capitán de navío Santiago Liniers, marino francés al servicio de España, que, al mando de un buque, se encontraba en la Ensenada de Barragán cuando se rindió la capital, y que pasó á Montevideo con el objeto de promover una expedición contra los invasores.

«Organizado el ejército en Montevideo el día 23 de julio, salió Liniers de la Colonia con una fuerza de más de mil hombres, en una escuadrilla de embarcaciones pequeñas. Favorecida por una espesa niebla, llegó, sin ser vista por los buques ingleses, al Puerto del Tigre, estableciendo un cuartel general en el pueblo de San Fernando. Mientras tanto, los alcaldes de la campaña de Buenos Aires, unidos á Juan Martín de Pui-

¹ Urien afirma que la acción tuvo lugar en la fecha indicada; pero Magariños Cervantes asienta que el desembarco de Quilmes, á 4 leguas de la ciudad, se efectuó el 15 de junio, y que Berresford entró en Buenos Aires el día 27.

rredón 1 y Martín de Alzaga, reunieron algunas milicias y empeñaron una refriega con los ingleses (31 de julio) en la chacra de PEDRIEL, á cuatro leguas de la ciudad. Aunque los ingleses dispersaron fácilmente aquel grupo de vecinos, estas partidas se unieron á la división de Liniers, engrosada por los vecinos de la costa y muchos jóvenes que habían partido de la ciudad.

«El 10 de agosto, Liniers, á la cabeza de un ejército de dos mil hombres, ocupaba los arrabales del Oeste de Buenos Aires (Corrales de Miserere, hoy Plaza 11 de septiembre), y desde allí intimó rendición al General inglés, dándole 15 minutos de término para decidirse, siendo desechadas sus proposiciones. Entonces el ejército de la reconquista se dirigió á la plaza de toros, hoy San Martín, donde estaba el parque de artillería de la ciudad, defendido por una pequeña fuerza inglesa. Aquí tuvo lugar el primer encuentro, y el parque fué tomado á la bayoneta. Berresford tuvo que reconcentrarse en el corazón de la ciudad, reduciendo la defensa al estrecho recinto de la plaza mayor (hoy Victoria) y á las calles vecinas. El 12 de agosto, Liniers, que había dividido su ejército en cuatro columnas, atacó casi simultáneamente por las calles del Norte y del Oeste que conducen á la plaza, donde las avanzadas inglesas habían tenido que replegarse, hostilizadas por el fuego que el vecindario hacía desde los balcones y azoteas. Después de dos horas de sangrienta lucha, Berresford se vió obligado á encerrarse en el fuerte de San Juan de Austria (hoy casa del gobierno nacional), desde donde levantó á los pocos momentos bandera de parlamento, convencido de la imposibilidad de sostenerse. Liniers le exigió se entregase á discreción, y el General inglés no tuvo otro medio que hacerlo, enarbolando el pabellón español, después de sostener dignamente el honor de sus armas. Berresford quedó prisionero con todos sus soldados.

«La victoria del 12 de agosto de 1806 reveló al pueblo de Buenos Aires su virilidad y le hizo presentir los destinos que le aguardaban.

«La conducta del Virrey Sobremonte, durante estos sucesos, levantó un grito general de indignación, y como consecuencia de ella, el 14 de agosto de 1806 el Cabildo convocó á los vecinos principales, y la Asamblea decidió la suspensión de Sobremonte y el nombramiento de Liniers como jefe político y militar. (Adviértese aquí que el pueblo de la capital del Virreinato, en fuerza de las circunstancias excepcionales, es cierto, iba entrando ya de hecho en el goce pleno de sus derechos, pues que se le convocaba para que se reuniese á tomar parte en la dirección de los asuntos públicos, y en asamblea popular se destituía al más alto funcionario, lo que traducirían los anglo-americanos actuales con estas dos palabras unidas: «Self Government.» ¿Sucedería algo semejante en la Nueva España?) Mientras este suceso acontecía, Sobremonte se había trasladado á Montevideo para hacerse cargo de la defensa de la plaza.

1 Ó Puirredón, que más tarde figuraría valientemente entre los independientes.

«Entretanto, la conquista británica amenazaba ser renovada y era preciso prepararse para la defensa. A todo proveyó la Asamblea del Cabildo del 14 de agosto. La reconquista tuvo la virtud de despertar un espíritu guerrero en todas las clases y los peligros de la situación fueron causa de que las autoridades fomentasen el ardor militar, poniéndose el Cabildo resueltamente á la cabeza del movimiento. Se dispuso el alistamiento de todos los ciudadanos, sin distinción de clase. Los criollos formaron el Regimiento de Patricios y el Batallón de Arribeños ó Provincianos; los españoles organizaron los batallones que se llamaron de Gallegos, Andaluces, Vizcaínos y otros, según la provincia á que pertenecían los que lo formaban. (Este hecho corrobora lo enunciado poco ha, y obliga á calcular cuán diferentes sistemas de gobierno hubo en una y otra colonias: los nueve virreyes de la del Sur concedían la calidad de ciudadanos á sus gobernados, sin distinción de clase: allí casi no había diversidad de castas; los 63 vicemajestades (hechas pocas honrosas excepciones) de la del Norte, veían en los oprimidos, si no bestias de carga, «*siervos que nacieron para callar y obedecer.*» Allá el gobierno y el ejército estaban en manos de criollos casi por completo; aquí los hijos todos del país nunca pasaron de puestos inferiores. También confirma lo transcrito, nuestra opinión de la escasez de tropas regulares españolas ó realistas en las provincias de aquel virreino, un poco menos desprovisto de defensa que las otras posesiones españolas del Sur.)

«En momentos que se festejaba en Londres la toma de Buenos Aires, y se aceleraba la segunda invasión con el fin de consolidar la dominación británica, llegaba allí, casi simultáneamente, la noticia de la reconquista, dando lugar con este hecho á que se aprontara con más velocidad la nueva expedición. Dos meses después de la rendición de Berresford, el General Sir Home Popham atacaba á Montevideo, ansioso de apoderarse de la llave del Plata, lo cual consiguió mediante un ataque desesperado: toda la Banda Oriental cayó en su poder. Alentados los ingleses por el buen éxito con que al parecer se empeñaba la fortuna en secundar sus planes de dominio, determinaron lavar la mancha de su pasada derrota, apoderándose de la capital del virreinato, teatro de su desdoro y humillación. El Teniente General Whitelocke, inteligente y esforzado guerrero, fué encargado de llevar á cabo tan alta empresa.

«Lleno de confianza y protegido por 61 buques, salta con doce mil veteranos en las playas de Buenos Aires el 1º de julio de 1807 (Ensenada de Barragán). Acto continuo marcha el ejército inglés y llega á estacionarse á la plaza 11 de septiembre, donde chocan los antagonistas, siendo desfavorable el lance para Liniers. El 4, le intima rendición el jefe sitiador; pero Liniers le contesta que se defenderá. El 6, resolvieron los ingleses atacar la ciudad; para el efecto, se dividieron en tres columnas que marcharon indistintamente por las calles de Defensa, una; por la de B. Mitre (de las Torres), otra, y la tercera por la hoy Charcas, hasta el Retiro. La primera se apoderó de Santo Domingo; la se-

gunda de San Miguel; la tercera del Retiro, pasando en seguida á Santa Catalina. Heroica fué la resistencia; y á pesar de estos triunfos, á las cinco de la tarde caían vencidos los ingleses, los cuales, renovando el ataque al día siguiente con las tropas de reserva, lo fueron doblemente, dando por resultado definitivo, que, los que no se hallaban muertos, fuesen heridos ó prisioneros. Victoria tan espléndida del pueblo, obligó al invasor, no sólo á abandonar á Buenos Aires, sino también las plazas de la Banda Oriental, en el término de tres meses.

«En las luchas contra los ingleses, los hijos del país adquirieron la conciencia de su valor y se dieron cuenta de lo que eran capaces. Pensaron que, así como se hallaron con fuerza suficiente para rechazar un enemigo poderoso, bien podían independizarse de España. De las semillas que sembraron los ingleses, germinó el 25 de mayo de 1810.»

*
* *

El objeto de trasladar aquí las palabras mismas de este fidedigno escritor, es no escatimar al noble pueblo argentino los aplausos que merecen sus más heroicas hazañas: mas como sería interminable esta labor, ya no nos será posible detenernos en detalles y continuaremos la narración histórica de la manera más sucinta.

*
* *

Durante la suspensión de Sobremonte, Liniers, D. Jaime ó D. Santiago (Jacques), permaneció en el gobierno lleno de legítimos honores; ascendido á Mariscal, justa recompensa que á sus servicios le acordó la Corona, hasta que el noveno y último Virrey del Río de la Plata, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, en 1809, tomó posesión de su cargo. 1806-1809.

Cisneros fué nombrado por la Junta de Sevilla, la que declaró la guerra á Napoleón cuando Fernando VII estaba prisionero en Bayona.

La primera dificultad que halló el Virrey D. Baltasar al llegar al poder, fué la escasez de numerario para atender á los pagos de los gastos más indispensables del gobierno; cierto que al siguiente año se triplicaron las rentas aduanales, debido á que á instancias de Moreno (el mismo primer secretario) permitió que se embarcaran en barcos ingleses pieles y lanas y se autorizó á los mismos buques desembarcar sus mercancías; pero ya estas ventajas no serían para la Corona, sino para sus futuros rebeldes.

A la mitad de marzo de 1810 se supo que los franceses, acampados en Córdoba y Sevilla, España, habían dispersado las Juntas gubernativas, y el Virrey comunicó al pueblo, en una proclama expedida el 18

ANALES

1912

Museo Nacional de Arqueología

Historia y Etnología

TOMO IV—Número 374



MÉXICO

IMP. DEL MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y ETNOLOGÍA

1912

SUMARIO

- SECCIÓN DE ARQUEOLOGÍA**—Informe del Delegado de México en el XVIII Congreso de Americanistas, Dr. Alfonso Pruneda.—Págs. 145 á 168.—(Con seis láminas.)
- „ „ **ETNOLOGÍA**—Caractéres étnicos en general, por Carlos Macías.—Págs. 169 á 183.—(Con cuatro láminas.)
- „ „ **HISTORIA**—Guerra de Independencia en las Colonias de América, por Jesús M. Escudero.—Continuación.—Págs. 97 á 143.—(Con tres láminas.)



Simón Bolívar.

del mismo mes, la triste situación de la Metrópoli. ¹ El Cabildo, con fecha 21 de mayo, pasó un oficio al Virrey pidiéndole permiso «para convocar la principal y más sana parte del vecindario, á fin de que, en un congreso público, expresase la voluntad general y acordase las medidas más oportunas para evitar toda desgracia y asegurar su suerte venidera.» ²

Muy á su pesar accedió el Virrey, amilanado por los alarmantes síntomas y rumores siniestros que corrían entre el pueblo, cuya actitud le causó miedo, miedo que Castellí supo explotar audazmente exagerándole el peligro que le amenazaba. ³

«Además, dice Urien, las tropas mandadas por D. Cornelio Saavedra, particularmente los batallones patricios, estaban ganados por los revolucionarios.» ⁴

Impotente el Virrey para luchar, consintió al fin en que se convocara la parte sana del vecindario para que expresase la voluntad del pueblo.

La asamblea popular, que constaba de 600 notables del país ⁵ (un ejército), se reunió el día 22 de mayo en la galería superior del Cabildo, y se declaró en ella que no siendo compatibles la autoridad del Virrey y la tranquilidad pública, el Cabildo se abrogaba la facultad de nombrar una junta capaz de ejercer dicha autoridad. El partido europeo obtuvo que Cisneros fuese nombrado Presidente de la Junta; pero el pueblo, que desde el 24 se había reunido en la plaza principal gritando que saliese al balcón el Caballero Síndico Procurador D. Julian de Leyva, protestó contra la presidencia de Cisneros, y, aunque el Caballero Síndico salió, en efecto, al balcón, recomendándole que no perturbase el orden, que se retirase, que ellos (los cabildantes) estaban trabajando por el bien público, el pueblo gritó con más fuerza:

«Lo que queremos es deponer al Virrey.»

Cisneros renunció entonces; los españoles se resignaron y Leyva anunció á los bonaerenses su fácil triunfo.

¡Qué buena fe la del Virrey! ¡Qué afortunado Síndico! ¡Qué docilidad de europeos! ¡Qué majestad de pueblo soberano!

¡Cuán distinto el cuadro si nos trasladamos en espíritu á nuestra colonia y repasamos los disímboles nombres de Iturrigaray, de la blanca víctima de Verdad, de Azcárate, de los siniestros oidores Aguirre y Bataller, de Bravo el Inquisidor, de Gabriel J. de Yermo y sus tenebrosos esbirros, y sobre todo, si evocamos la postrada condición del medroso rebaño cuyo nombre santificó con su sangre el Protomártir del Continente!

¹ Autor anónimo (se firma A. de A.) dice: «.....informó á los habitantes de los sucesos de la Península y de su incertidumbre sobre la legitimidad de su propia autoridad.»

² Magariños.—Estudios históricos sobre el Río de la Plata.—Págs. 102-3.

³ *Ibidem*.—Página 116.

⁴ Hist. y Geogr. argentinas.—Pág. 28.

⁵ R. C.—Hist. de la América del Sur.—Pág. 110.

El día 25 de mayo de 1810, último de la dominación en la capital de aquel Virreinato, el Cabildo publicó una acta, estableciendo la Junta de Gobierno, formada así:

Presidente, Vocal y Comandante general de armas, D. Cornelio de Saavedra; Vocales: Dr. D. Juan José Castelli, Dr. D. Manuel Alberti, Lic. D. Manuel Belgrano, D. Miguel de Azcuéneaga, D. Domingo Mateu y D. Juan de Larrea, y Secretarios, los Dres. D. Mariano Moreno y D. Juan José de Passo.

En la tarde del mismo 25 todos los miembros de la Junta otorgaron el juramento respectivo, y, desde uno de los balcones el Presidente arengó al pueblo y le recomendó orden, circunspección y armonía.

*
*
*

Triunfante la revolución en la capital, la Junta revolucionaria se erigió en Poder Ejecutivo, y se propuso llevar la revolución á las intendencias todas que habían integrado el Virreinato; pero algunos realistas influyentes como Liniers y el marino Juan Gutiérrez de la Concha, Gobernador de Córdoba, que de acuerdo con el Virrey, que se hallaba asilado en aquella ciudad y arrepentido tardíamente de su debilidad, pretendían contrarrestar el movimiento de los independientes y trataban de organizar un ejército que marchara sobre Buenos Aires. Sabedora la Junta de lo que se tramaba, envió una división, con el título de auxiliadora, fuerte de un mil doscientos hombres al mando de los coroneles Ortiz de Campo y Antonio Balcarce, la cual dió alcance en Cabeza de Tigre á los reaccionarios Liniers, Concha, Allende y Rodríguez, los que fueron pasados por las armas en el Monte de los Papagayos. El Virrey y los miembros de la Audiencia, en castigo de su complicidad en la reacción, fueron expulsados á las Islas Canarias.

Después de este acontecimiento, el ejército de Ocampo recibió refuerzos y orden de marchar al Norte hacia el Alto Perú á batir á los realistas, generales Goyoneche y Nieto y Coronel Córdoba. Córdoba fué derrotado en Tupiza por Balcarce, á quien tocó la primera victoria sobre los realistas. Nieto y Goyoneche fueron derrotados también en Santiago y Gotagaita. Córdoba y Nieto fueron fusilados, lo que nos obliga á confesar que los primeros actores de la revolución argentina torpemente inauguraron con crueldades la campaña, y las represalias, consecuencia de tales actos de barbarie, si no pueden atribuirse á ellos, justo es decirlo, con menos razón á sus adversarios.

D. Juan José Passo fué comisionado para participar al pueblo de Montevideo el nuevo régimen, al que se opusieron algunos partidos formados por europeos y fortalecidos con la llegada de tropas españolas al mando del General Elio, quien tomó el título de Capitán General.

Entre tanto, Belgrano, á la cabeza de novecientos hombres marchó

á someter al Paraguay, que gobernaba el Intendente Velasco. Yedro, que comandaba á los paraguayos, derrotó, en 29 de enero y 9 de marzo de 1811 sucesivamente, en Paraguari y Tebicuari, á Belgrano, quien se vió obligado á repasar el Paraná, después de haber convenido en un acuerdo ó capitulación que sancionaba la segregación de aquel país, que, á pesar de caer bajo la influencia de su futuro tirano dictador José Gaspar Rodríguez de Francia, aseguró definitivamente su Independencia.

Después de las victorias de Ocampo y Balcarce en el Norte, cuando aumentado su ejército con cinco mil hombres se preparaba á invadir el Perú, gobernado por el Virrey Abascal, Castelli, que los seguía como Gobernador del Alto Perú, celebró con Goyoneche un armisticio propuesto por el Ayuntamiento de Lima y aceptado por la Junta de Buenos Aires.

No teniendo los independentes á otro enemigo sino á Elio, que en nombre del Gobierno español bloqueaba al Puerto de Buenos Aires, marcharon contra él, en número de cuatro mil, mandados por el Coronel Martín Rodríguez en combinación con Belgrano, que regresaba derrotado del Paraguay, y auxiliados eficazmente por D. Venancio Benavides y por Artigas, rico propietario de la Banda Oriental, que en ese mismo año abandonó la casa real y recibió de los insurgentes armas y municiones para fomentar la rebelión en su país natal, formando guerrillas.

Después de varios encuentros desfavorables á los españoles, principalmente el de San José de las Piedras, los patriotas llegaron hasta Montevideo y con nuevos refuerzos le pusieron sitio á fines de mayo de 1811, dirigidos por D. José Rondeau. Elio, que no podía sostenerse, pidió ayuda á los portugueses del Brasil, y la Princesa Carlota, vendiendo todas sus joyas, mandó en auxilio de los sitiados al General Sousa con cuatro mil hombres. Antes de que llegaran los portugueses, Elio y el Gobierno de Buenos Aires entablaron negociaciones de paz en noviembre del año citado, por las que se estipuló que los portugueses habían de retirarse al Brasil y los argentinos evacuarían también la Banda Oriental.

Al mismo tiempo que se levantaba el sitio de Montevideo, el General Tristán derrotaba en el Río Nazareno al ejército auxiliar y se apoderaba de la Provincia de Salta, haciendo crítica la situación de los independentes, en virtud de que los portugueses, en lugar de retirarse, cometían toda clase de excesos en el territorio de la Plata. No obstante ésto, se envió á Belgrano contra ellos con una división de cuatro mil soldados, lo que intimidó á Sousa y lo hizo firmar la paz el 6 de junio de 1812.

III.

Suspendemos aquí la narración de las campañas que con éxito vario sostenían los patriotas de las provincias todas del Virreinato de Buenos Aires, para ocuparnos del resto de la América del Sur, y, como no sería posible consagrar á cada país especial capítulo, continuaremos enumerando en globo los acontecimientos todos que en esa parte de la América se efectuaron, en el orden cronológico en que fueron sucediéndose, sin omitir aquellos en los que, directa ó indirectamente tengan conexión con los insurgentes platenses.

Ya se sabe que á México corresponde el honor de haber sido el primero en pretender ser libre y que el gobierno residiese en el pueblo (9 de julio de 1808), y que á los ecuatorianos toca el segundo lugar por su movimiento revolucionario iniciado en Quito el año de 1809, que aunque fué reprimido en esa época, surgió de nuevo al año siguiente (19 de agosto).

El Consejo Municipal de Caracas, Capitanía General de este nombre, se erigió en Junta Suprema de Gobierno en 19 de abril de 1810, reconociendo á Fernando VII, y al mismo tiempo rebelándose contra los derechos de la Regencia de Cádiz, que, como se sabe, había substituído á la Junta Suprema que para el Gobierno de España é Indias se había constituído antes en aquel Puerto.

A la vez que en Caracas se formaba la Junta ya citada, llegaban á la Colonia agentes europeos pretendiendo se jurase fidelidad en ella á José Bonaparte, y fueron rechazados al grito de ¡Viva Fernando! En las colonias españolas eran Napoleón y sus partidarios, los afrancesados, odiados generalmente como en la Metrópoli.

Las provincias de Nueva Granada se sublevaban simultáneamente, y el Virrey, acusado de haber consentido en entregar la América á los franceses, era desterrado á Cartagena. Constituyóse una Junta de Gobierno en Santa Fé de Bogotá, que reconocía á Fernando VII é invitaba á Caracas á que hiciese otro tanto, uniéndosele; pero el General Miranda no quiso acceder á lo propuesto, y respondió á los representantes de la Junta Neo-Granadina que las provincias venezolanas, unidas, formarían un pueblo libre.

Después de Quito se inició la revolución en Charcas y la Paz, Alto Perú, en mayo de 1809, y cuando Castelli y Balcarce penetraron hasta el Potosí, muchos caudillos secundarios se les unieron. Al año siguiente se sublevó Chile, cuyos indómitos hijos, dignos soldados del valiente O'Higgins, sufrieron con resignación por largos años las terribles persecuciones del Comandante San Bruno, sostenidos con las esperanzas que les infundía su activa correspondencia con todos los jefes de las par-

tidas insurgentes del Alto y del Bajo Perú, así como con Puyredón, que desde Buenos Aires estaba en constante comunicación con O'Higgins y con Bolívar.

Al llegar á este punto de mi relato, no solamente estoy dispensado de localizarlo á cada pueblo, sino que es de forzosa obligación generalizarlo, puesto que se advierte claramente que todos los patriotas sudamericanos hicieron causa común, y en el teatro de la guerra no se presentaron más que dos partidos: realistas é independientes. Pero como el objeto de esta humilde producción no es hacer la historia de América, sino únicamente un ligerísimo estudio psicológico de los principales héroes de la época á que nos referimos, basado en los hechos más culminantes, debemos implorar se nos excuse de habernos detenido demasiado en detalles, y continuaremos, para no ser difusos, ocupándonos sólo de tres de los principales capitanes del Sur, cuyas hazañas nos falta considerar: éstos son Bolívar, Miranda y San Martín.

Los brillantes triunfos de este último pueden resumirse en muy pocas palabras, mas no por esto dejan de ser trascendentales.

* * *

D. Gaspar de Vigodet substituyó á Elio en el Gobierno del Uruguay, y aprovechando las fuerzas navales de que disponía, intentó penetrar á Buenos Aires, y, al efecto, dejando la indispensable guarnición en Montevideo, desembarcó el 13 de febrero de 1813 en las márgenes del Paraná. Se envió contra él al Coronel San Martín, quien aprovechando una llanura, con sólo la caballería derrotó completamente á Vigodet, quien se jactaba de destruir por completo á la Junta de Buenos Aires.

* * *

Pezuela, sucesor de Goyeneche en el mando del ejército realista del Perú, se encontró en Vilcapugio, más acá del Potosí, á Belgrano, quien, deshecho por completo, se replegó sobre Auyoma, al Norte de Chuquisaca, donde fué nuevamente derrotado por el enemigo. En virtud de estas derrotas, Belgrano fué substituído por San Martín, quien disciplinó un ejército de tres mil quinientos hombres en unos cuantos días, con el que formó guerrillas, é interceptando las comunicaciones de los realistas, los privaba de toda clase de recursos.

A petición de los insurgentes de Chile, después que la República Argentina había proclamado en Tucumán su Independencia, San Martín, que era Gobernador de Mendoza, pasó á Chile con cuatro mil hombres, habiendo jurado previamente permanecer unidos en sentimientos y en esfuerzos para no consentir en adelante tirano alguno en América, y á

fuerza de buenos espartanos no soportar nunca las cadenas de la esclavitud, «mientras brillaran estrellas en el cielo y corriese sangre por sus venas»¹ y atravesó los Andes por el paso de Los Platos, que hasta entonces se tenía por impracticable, y el 11 de febrero de 1817 libró batalla al ejército realista, que desde el día anterior había tomado posiciones en Chacabuco. Vencidos los españoles, San Martín entró en Santiago el día 15 siguiente.

O'Higgins, previendo que los realistas reforzados por cinco mil hombres enviados del Perú lo atacarían, mientras se preparaba á resistir, proclamó la Independencia de Chile el 1º de enero de 1818.

El General realista Osorio sostuvo contra San Martín varios combates de poca importancia hasta que logró derrotarlo por completo en Caucha ó Concha Rayada; pero poco después, el 5 de abril, el mismo Osorio era aniquilado en la sangrienta batalla de Maypo, donde se consumó la emancipación de Chile.

Los chilenos desde luego salieron de su territorio á librar del yugo hispánico á sus hermanos de los demás pueblos, y así, unidos á los peruanos, batieron á dos mil soldados que acababan de desembarcar procedentes de España, y en seguida, la marina chilena, mandada por el oficial inglés Lord Cochrane, recorría los mares y desembarcaba cinco mil hombres en las costas del Perú, y San Martín y Lord Cochrane tomaban la ciudad de Lima el 28 de julio de 1821, día en que se proclamó la Independencia peruana. En 3 de agosto siguiente, San Martín era nombrado General en Jefe del ejército insurgente y se le confiaba el protectorado de la libertad del Perú.

*
* *

De Miranda hablaremos al referirnos á Bolívar, así como de Páez, Rivas y otros caudillos que necesariamente deben figurar en esta narración.

*
* *

D. Juan Vicente Bolívar y Ponce, Coronel de las milicias en las llanuras de Aragua, donde tenía valiosas posesiones, era muy considerado, y no solamente estaba relacionado con la aristocracia castellana, sino que, además, estaba emparentado con la nobleza. Tuvo cuatro hijos, siendo el menor D. Simón, á quien se envió muy joven á Madrid, al lado de su tío el Marqués de Palacios, á fin de que perfeccionara su educación. Simón Bolívar nació en Caracas el año de 1785, y muy joven aún, huérfano y dueño de una fortuna inmensa, después de viajar por

¹ América del Sur.—Autor anónimo.—Pág. 120.

varias partes de Europa, contando sólo 18 años, se unió en matrimonio á su prima, la hija del Marqués del Toro, con la que volvió á Caracas, donde á los cinco meses tuvo la pena de verla morir, víctima de la fiebre amarilla. Este triste acontecimiento lo impulsó á viajar de nuevo por Europa y por los Estados Unidos, teniendo oportunidad de conocer al Presidente Washington.

Cuando regresó á sus posesiones de Aragua, los revolucionarios solicitaron sus servicios y lo comisionaron para que fuera á implorar á Londres la protección de la Gran Bretaña: fué, en efecto, acompañado de D. Luis López y Méndez, y fué recibido fríamente en aquella capital, en virtud de estar ligado el Gobierno inglés con las Cortes españolas contra la invasión francesa. Regresó entonces trayendo algunas armas á América, y con Miranda, antiguo conspirador venezolano que recorría el extranjero para allegar recursos á la revolución de su patria, y á pesar de su avanzada edad, se unió á Bolívar para venir á ofrecer sus servicios á sus conciudadanos, quienes lo colocaron á la cabeza del movimiento.

El General realista Monteverde logró recobrar á Venezuela estrechando á Miranda á capitular, prometiéndole una amnistía en favor de los rebeldes, promesa que cumplió enviando á Miranda á un calabozo de Cádiz en el cual murió en 1816, sufriendo la decepción de contar á Bolívar entre sus enemigos. En vista de las críticas circunstancias de la causa revolucionaria, Bolívar se refugió en la Isla de Curazao y allí reunió á los insurgentes dispersos para llevarlos en número de trescientos á Cartagena, provincia libre de Nueva Granada, cuyo Congreso le facilitó armas, víveres y dinero para que salvase á un mismo tiempo de la opresión á Venezuela y á la misma Nueva Granada, confiriéndole el mando de quinientos hombres á las órdenes de Manuel Castillo, los que unidos á los venezolanos, formaron un ejército de ochocientos soldados que tuvieron por segundo jefe á Rivas.

¡El genial Cura de Nukupétaro no exigió del Generalísimo ni dinero, ni armas, ni hombres: él solo regresó á su curato!

La expedición salió de Cartagena á principios de 1813 y el Congreso ordenó en seguida á Bolívar que ocupase Barrancas, villa al borde del Río Magdalena; pero el futuro Dictador desobedeció las órdenes de aquel H. Cuerpo y se dirigió al pueblo de Tenerife.

¡Morelos no sólo no desobedeció al Congreso, su propia hechura, sino que, lleno de abnegación sublime, se supo sacrificar por escoltarlo!

Habiéndose apoderado de la población últimamente citada, marchó sobre Monpox y Ocaña que tomó sucesivamente, venciendo la débil resistencia del enemigo.

Para que no se crea que inventamos, alteramos ú omitimos algo, ni que exageramos apasionadamente el número de tropa con que contó Bolívar, sin esfuerzo alguno, copiamos textualmente á uno de los autores antes citados.

Dice en las páginas 115 y siguientes de su Historia de la América del Sur:

«Las crueldades de Monteverde salvaron la revolución, obligando á los moderados á echarse en brazos de los patriotas. Los reclutas llegaban de todas partes, y seguido ya de más de dos mil hombres, cuando Bolívar penetró en los Andes, vió unirse á sus banderas, en los alrededores de Pamplona, muchos miles de voluntarios desde que consiguió reunirse con Ribas en el territorio de Venezuela. Con Ribas habían venido seiscientos granadinos, enviados por el Congreso de Tunja, al mismo tiempo que el coronel Briseño, destacado en Guadalito, llegaba con un cuerpo de caballería. Sin más retardo, Bolívar atacó á los realistas en la Grita y después en Mérida, acabando por hacerse dueño del distrito de este nombre: con la misma rapidez ocupó la provincia de Varinas. En tanto, Mariño, ese joven estudiante que después de haber recorrido en pocos meses todos los grados militares era ya citado como uno de los más firmes sostenes de la revolución, batía á Monteverde, se hacía dueño de las provincias de Cumaná y de Barcelona y tomaba el título de general en jefe y dictador de las provincias orientales de Venezuela. Favorecido por estos sucesos, que por otra parte contrariaban sus miras unitarias, Bolívar dividió su ejército en dos cuerpos, pues tomó el mando de uno de ellos, confió el otro á Ribas, y acosando siempre á los españoles los batió en Niquitas, Betioca, Caracha, Barquisimeto y Varinas, alcanzando por fin á Monteverde á quien destruyó, marchando después sobre Caracas, en cuya capital hizo su entrada Bolívar (4 de agosto de 1813), en una carroza arrastrada por doce hermosas jóvenes, siendo indescriptible el entusiasmo con que fué recibido el desde entonces saludado con el título de Libertador. En pocos meses había recorrido ciento cincuenta leguas, librado quince batallas y numerosas acciones de guerra. Su gloria habría sido completa, si en esta tan memorable campaña no hubiera respondido con sangrientas ejecuciones á las horribles crueldades de Monteverde, que nunca pueden justificar las suyas.

«La liberación de Venezuela parecía estar completamente asegurada, pues Bolívar ocupaba casi la mitad de la capitania general y Mariño el resto. Los españoles ocupaban sólo algunos puntos sin importancia, estando Monteverde bloqueado en Puerto Cabello: difícil era preveer que la fortuna volviese las espaldas á los americanos.

«Bolívar, que había tomado el título de dictador de las provincias occidentales de Venezuela, no pensaba en restablecer el gobierno civil, único elemento en que pueden vivir sin peligro las democracias; pero los ecos de la opinión pública, llegando hasta él, diéronle á entender claramente el error que cometía, y se apresuró á convocar una Asamblea, ante la cual dió cuenta de sus operaciones y de sus planes, y presentó su dimisión. Esta no le fué admitida, confiriéndosle la dictadura hasta tanto que Venezuela pudiese reunirse á la Nueva-Granada.

«Los realistas, que no habían perdido toda esperanza, armaron á los esclavos bajo promesa de libertarles, á los vagamundos y cuantas gentes sin modo de vivir conocido pudieron encontrarse. A la cabeza de esas bandas sanguinarias figuraba el feroz Puy, el cual, después de haberse apoderado de Varinas, fusiló en ella á quinientos patriotas: Puy era un lugarteniente de Bover, el más temible de los adversarios de Bolívar. Este Bover, castellano de origen, había sido sucesivamente marino, guardacosta y buhonero, y reducido á prisión por sus fechorías, había llegado á América buscando un asilo contra la persecución de la justicia. Sin que se sepa el motivo, se alistó en las filas realistas, en las que figuraba como capitán de milicias cuando las derrotas sufridas por los españoles. Hizo un llamamiento á los vagos, á los perseguidos por la justicia, á los negros, á los mulatos, y con esta gente organizó una partida que mereció por su ferocidad el nombre de Legión infernal, en la cual figuraban muchos llaneros, bárbaros de la llanura, boyeros, á la vez que carniceros, acostumbrados á domar los más feroces caballos, y que como ginetes no tienen rival. Los llaneros desprecian al montañés que se envilece caminando á pié, igualmente que al europeo que no puede resistir un galope continuado de diez y seis horas. Montan en pelo y no usan más vestido que una especie de calzón corto ó calzoncillos. Tendidos sobre sus caballos, la lanza en ristre y el lazo en la otra mano, caen sobre el enemigo, lo hieren y destrozan con la rapidez del rayo. No hay caballería regular que pueda resistir el choque de estos cosacos de las estepas colombianas que siempre dejan tras sí huellas terribles. Se había excitado la codicia de estos nómadas, ofreciéndoles distribuir las tierras de los vencidos, y con esto consiguió muy pronto reunir un ejército de ocho mil hombres.

«Desde el momento en que Bover aparece en el teatro de la guerra, revistió ésta tal carácter de ferocidad y barbarie, que de una parte y otra se rivalizó en cometer atrocidades. Justo es confesar, sin embargo, que fué Bover quien la inició degollando en un solo día mil doscientos prisioneros. La enérgica actividad de Bover fué más de una vez paralizada por la incuria de los generales españoles, y Bolívar consiguió batirle varias veces al igual que á sus lugartenientes el mulato Roseta y el jefe de guerrillas Yáñez. Cometió el dictador, sin embargo, la imprudencia de aventurarse con todas sus fuerzas en las vastas llanuras, en donde fué sorprendido y destrozado por la caballería de Bover. Mariño, batido casi al mismo tiempo, fué rechazado hácia Cumaná. El vencedor penetró en Caracas con tal precipitación, que el dictador tuvo sólo el tiempo necesario para meterse en un buque confiando la salvación de la República á la discreción de los elementos. Ribas rehizo á las dispersas fuerzas americanas y continuó sosteniendo la campaña; pero en la batalla de Eriza fué batido definitivamente por Bover que, herido de una lanzada, espiró en el campo de batalla. Sus feroces soldados le hicieron unos funerales dignos de su persona; mujeres, niños,

ancianos, todos fueron pasados á cuchillo; y Ribas, que había caído prisionero, fué fusilado y su cabeza enviada á Caracas para ser expuesta públicamente (diciembre de 1814).»

Y más adelante agrega el mismo autor:

«Estando comprometida la paz interior de Colombia por las disensiones de los partidos, Bolívar, encargado en aquel entonces (1826) del gobierno dictatorial del Perú, vino apresuradamente á su patria, y para salvarla de la anarquía que la amenazaba, se apoderó de la dictadura. El ejército y la mayoría del país aplaudieron esta resolución; pero una parte del elemento civil, entre el que figuraban sus más decididos adversarios, trataron de presentarlo á la nación como un hombre ambicioso, que aspiraba, siguiendo las huellas de Napoleón, á proclamarse emperador. Nunca faltaron enemigos que calumniaran á los grandes hombres, y Bolívar no podría librarse de que los suyos le supusieran la ambición que no sentía, la de elevarse un trono sobre las ruinas de la libertad de su patria. No podría desear una corona el hombre que prefería «el título de ciudadano al de libertador, porque éste trae su origen de la guerra y aquél de la ley,» según la noble y bella respuesta que dió al Congreso que le ofrecía la presidencia de la República colombiana en Santo Tomás de la Angostura; no podría desearla tampoco el que, al resignar el poder en el presidente del Senado, le escribía en 1824: «Deseo convencer á la Europa y á la América del horror que me inspira el poder supremo, bajo cualquier nombre que se le designe: mi conciencia está indignada por las atroces calumnias que contra mí acumulan los liberales de la América y los serviles de Europa;» y por fin, no podría aspirar á fundar un imperio para sí, el que en el mensaje que dirigió al Congreso de Bolivia, al acompañarle un proyecto de constitución, se expresaba en los siguientes términos: «La libertad es ya desde hoy indestructible en América, etc.....»

«No es por eso menos cierto, sin embargo, que Bolívar deseó retener la dictadura durante toda su vida; pero porque la consideraba, quizá sin equivocarse, como el único medio de llevar á cabo la completa independencia y el engrandecimiento de su patria. Deben perdonársele sus defectos, que los tuvo como hombre, y reconocer su incansable actividad, su bravura, su pasión por la gloria é independencia de su país, su desinterés y su generosidad.

«Se pueden censurar algunos de sus actos, y especialmente su sed de mando, pero no se puede dudar de la pureza de sus intenciones, etc.....»

Y, finalmente, refiriéndose el repetido autor al Congreso panamericano de Panamá, convocado por Bolívar en 1826, prosigue:

«.....No falta quien asegura que Bolívar abrigaba en secreto el

propósito de organizar con la Colombia, el Perú, la Bolivia, la Plata y el Chile una grande é inmensa República, de la cual se proponía ser el jefe supremo, quedando así dividido el Continente americano en sólo cuatro grandes Estados: México, engrandecido á expensas de Guatemala; los Estados-Unidos del Norte; el Brasil, y, por último, abajo, con el nombre de Estados-Unidos del Sur, el resto de la América meridional.

«Sin que pretendamos afirmar ni negar el propósito atribuído á Bolívar, es lo cierto que en esta época estaba casi ya realizada la unión de las tres Repúblicas de Bolivia, Perú y Colombia, bajo el título de Confederación, con una capital, residencia de un jefe vitalicio y hereditario. El sistema centralizador, á que tan aficionado se mostraba el Libertador, contaba en el país con muchos adversarios, y el más importante de ellos era sin duda Páez, el antiguo compañero de armas de Bolívar, que representaba en el Senado colombiano, á Venezuela, de cuyo país, que le había confiado el mando militar, reclamaba la autonomía absoluta».

No es preciso continuar la intrincada historia de la Confederación colombiana, formada por Quito (hoy República del Ecuador), Venezuela, Bolivia y Nueva Granada (hoy República de Colombia, desmembrada con la pérdida de Panamá), ni fué ese nuestro primer intento; sin embargo, conviene seguir á Bolívar, á fin de no omitir nada que á sus hechos pueda referirse: en su huída llegó á Cartagena, que con la Provincia de Santa Marta se había constituído en República, cuyo Presidente era Torrices, cuando todo el resto de Nueva Granada y Venezuela se hallaba en completa anarquía.

En septiembre de ese año, 1814, se reunió un nuevo Congreso en Tunja, al cual el Libertador ofreció sus servicios y, aceptándosele, recibe en cargo de marchar contra el dictador Alvarez, de Bogotá; éste promete formalmente unirse á la confederación que anhelaba Bolívar, y al unirse los jefes venezolanos á los granadinos, el Libertador, nombrado Capitán General de Nueva Granada y Venezuela, se dirige con tres mil hombres por la Provincia de Magdalena y sorprende á los realistas en Monpox, y allí fusila á cuatrocientos prisioneros. Como el Presidente Torrices le negase los refuerzos que le exigía, Bolívar y Torrices iban á trabar una lucha fratricida; pero como á la sazón se acercaba un nuevo y formidable refuerzo al común enemigo, se evitó el lance, y Bolívar, dejando su tropa en Cartagena, unida á los independientes allí existentes, se embarcó rumbo á Jamaica en busca de socorros.

El refuerzo al enemigo que temían los insurgentes, consistía en diez mil soldados que vendrían de la Península al mando del General Morillo, según Fernando VII, al volver á Madrid y ocupar su trono, hizo comunicar á todos los virreinos para intimidar con esta sola noticia á los rebeldes. En efecto, se organizó la expedición de Morillo, pero no consta exactamente el número de su gente.

Bolívar supo en el extranjero que Morillo, después de reducir á escombros la ciudad, entraba en Cartagena el 6 de diciembre de 1815. La

toma de esta plaza significó á los españoles nada menos que la reconquista de toda Nueva Granada, por lo que, ya se preparaban á pasar al territorio del Perú; pero Morillo, después de importantes victorias, fué batido el 16 de febrero de 1816 por los independientes Torrices y Urdaneta, y vió pasarse quinientos soldados de sus filas á las de los patriotas, capturados sus convoyes por los corsarios y volado uno de sus buques. Y no era esto todo: el Almirante holandés Brión conducía á Bolívar y Mariño con mil quinientos hombres de los más decididos, aumentados con mil negros que les proporcionó Pétion, el Presidente de Haití. Este Almirante Brión, al servicio de Venezuela, costeó de su propio peculio casi todos los gastos de una expedición compuesta de dos buques de guerra y trece barcos de transporte, y el 2 de mayo de 1816 obtuvo una victoria sobre la flotilla española, á la que apresó dos embarcaciones. Al día siguiente desembarcó Bolívar en la Isla Margarita, de la que tuvo que salir de nuevo por serle adversa la fortuna y refugiarse en Jamaica para invadir después la Guayana, que había permanecido fiel al gobierno español. Dirigió muy bien esta campaña, secundado hábilmente por Brión, y el 17 de julio del mismo año, entró triunfante en Angostura, capital de la Provincia. Morillo, entretanto, fué á sitiar personalmente á la Margarita y sufrió serios descalabros en mar y tierra, por los que, la escuadra realista tuvo que alejarse, escapando como por milagro de ser destruída totalmente, y él mismo, derrotado dos veces por la caballería del intrépido Páez, dejó gran número de armas y prisioneros en poder de los insurgentes.

Bolívar, en vista de su triunfo en la Guayana, hizo de Angostura la capital provisional de los republicanos, repartió las propiedades entre sus soldados y se ocupó en organizar la administración de la Provincia.

La causa independiente iba por fin obteniendo inapreciables ventajas: numerosos voluntarios acudían de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos; los representantes de Venezuela, eran recibidos oficialmente en Washington y Londres, reconociéndose tácitamente á los beligerantes, y López Méndez, encargado en Inglaterra de contratar empréstitos y reclutar hombres, los había visto afluir con dinero, armas y municiones, en tal número, que, además de los recursos necesarios para continuar la guerra, «contaba la nueva República, á fines de 1818 con nueve mil combatientes extranjeros.» ¹

Así, á pesar de que los españoles poseían tranquilamente desde hacía dos años la Nueva Granada, poco á poco fueron desalojados por los insurgentes todos, y en 1º de julio de 1819 eran batidos en Sagamoso y Tanja por Bolívar y Santander, lo que impulsó á las autoridades de Bogotá á huir precipitadamente, quedando dicha ciudad abierta á los independientes. Estos acontecimientos y la toma del fuerte y ciudad de Barcelona por Brión (18 de julio de 1819), aseguraron el triunfo de los

1 R. C. Historia de la América del Sur. Pág. 1125.

republicanos, y al regreso de Bolívar á Angostura, donde el 15 de febrero anterior había instalado el Congreso, esta Corporación realizaba el 17 de diciembre el proyecto tan acariciado del Libertador, reuniendo dos naciones en una sola, que en honor del Descubridor del Nuevo Mundo había de llamarse República de Colombia.

*
* *

No termina con esto la brillante carrera del Libertador, sino con la victoria decisivamente favorable á su país, última de Bolívar, y obtenida el 24 de junio de 1821, en las llanuras de Carabobo, la cual tuvo como consecuencias inmediatas, la sumisión de las ciudades de Valencia, Caracas y Guayaquil, y la rendición de Cartagena y Cumaná á los republicanos.

Basta con lo anteriormente dicho, para que se pueda formar un juicio acerca del Libertador de los países que le tributaron honores y le confirieron el mando supremo, unas veces aislados y otras unidos, y le dieron reiteradas muestras de gratitud: el Alto Perú, desde entonces se llama Bolivia, y la primitiva Colombia, cuando Bolívar anunció á su Congreso la intención de expatriarse, acordó, en mayo de 1830, asignarle una pensión de \$30,000 anuales, pagaderos en cualquier punto del globo donde quisiera radicarse; pero en cambio, no le faltaron enemigos ni le faltaron desengaños, y en el mismo año de 1830, el 17 de diciembre, ya próxima á disolverse la Confederación que tantos afanes le costara, en San Pedro, lugar inmediato á Santa Marta, murió lleno de amarguras y temores por la patria de sus ilusiones, á la que se había consagrado por completo. Días antes de morir, escribió esta tierna despedida á su pueblo:

«Digo con verdadero dolor que soy víctima de mis enemigos, que me han conducido al sepulcro; y sin embargo de esto, yo los perdono.—Colombianos, os dejo. En mis últimos momentos ruego á Dios por la tranquilidad de la Colombia, y si mi muerte, desvaneciendo las animosidades de los partidos y restableciendo entre vosotros la concordia, puede contribuir á este apetecido resultado, llevaré un sentimiento de satisfacción á la tumba que para mi se abre.»

*
* *

Hemos dado una rápida ojeada á los principales acontecimientos de la América del Sur, desde la parte más meridional ocupada por las provincias del Plata, hasta el Panamá, límite con Centro-América; veamos ahora cómo se hallaba el campo de acción de los nuestros.

Nada omití en lo que atañe á los sudamericanos, y en cuanto á lo

que se refiere á la guerra en nuestro suelo, sólo me ocuparé de lo concerniente á Morelos, nobilísimo móvil de mi asunto.

No voy, pues, á narrar de los otros episodios de nuestra independencia, sino lo que indispensablemente debo mencionar para la mejor comprensión de mi insignificante labor.

«Al principiar el siglo XIX el virreinato de Nueva España era la porción más importante de los dominios que los reyes españoles poseían en el Continente Americano. Extendíase este vasto país por la costa del mar Pacífico desde los 16°, en los confines con la Capitanía General de Guatemala, hasta más allá del Cabo Mendocino, á los 42° de latitud septentrional. Por el lado del Oriente, una línea que partiendo del Golfo de Honduras continuaba por las costas de la península de Yucatán y seguía el contorno del Golfo Mexicano hasta la Luisiana, marcaba sus términos por ese rumbo. Desde el extremo oriental de la Provincia de Texas, en las orillas del seno ó Golfo de México, otra línea imaginaria que se dirigía hacia el noroeste é iba á terminar en las playas del Grande Océano, bajo los 42° de latitud boreal, cerraba el perímetro de Nueva España, separándola por este lado, aunque de una manera incierta y vaga, de los Estados Unidos de la América. La vasta superficie comprendida entre los límites que hemos indicado, pudiera calcularse en cerca de doscientas mil leguas cuadradas. Una población que apenas ascendía á seis millones de habitantes ocupaba este inmenso territorio,.....»¹

Para defenderlo la Corona tenía en él lo mejor de su ejército, pues que con razón le daba mayor importancia que á las otras colonias.

El gobierno virreinal contaba, pues, ordinariamente con cuarenta mil soldados perfectamente armados y equipados, y al tenerse en la Colonia noticias de los desgraciados y bochornosos acontecimientos de la Metrópoli, el Virrey Iturrigaray aumentó este número con la creación de nuevas milicias y regimientos de voluntarios como el de Fernando VII: ya vemos que sin contar los diez mil hombres que constantemente se hallaban sobre las armas, guarneciendo los presidios del Norte y puertos de ambos Océanos, próximas á la frontera de los Estados Unidos, los veteranos acantonados por el mismo Virrey, en Xalapa, excedían de quince mil.

En cuanto á elementos pecuniarios, ¡qué diferencia tan enorme, comparado este virreinato con el de Buenos Aires, por ejemplo!

Mientras Cisneros allá, encontraba exhausto el erario, Iturrigaray aquí, tenía considerable superávit. Las rentas de Nueva España entonces, se calculan en veinte ó veintidós millones de pesos, que se distribuían así: diez y medio se destinaban á las necesidades de la Colonia misma; tres millones y medio, á otras colonias de América, Cuba, Sto. Domingo, Puerto Rico, etc., principalmente, y el resto á la Metrópoli. En 1808 había en las cajas reales catorce millones de pesos, libres, de los

¹ «México á Través de los Siglos».—Tomo III, libro primero, pág. 15.

que se remitieron en calidad de auxilio, á la Península; dos á la Junta de Sevilla y medio á la de Oviedo, Asturias, y muy posible es que algo también á la de Cádiz: Iturrigaray no reconocía á ninguna de las tres, pero auxiliaba á todas.

Nadie ignora lo que aconteció en Nueva España al recibirse en ella (8 de junio de 1808) noticias de la prisión de la familia real, en Bayona; renuncia de la corona en favor de José Bonaparte; etc., etc.; es inolvidable la Junta de México en 9 de julio de 1808, aurora que anunciaba la redención de América; la primera que se reunió en el Continente, y en la que resplandeció majestuoso el verbo creador de Verdad, el ilustre apóstol que con su sangre generosa daría testimonio, como los primeros mártires del Cristianismo, de la fe en la validez y soberanía populares. Ya se recordarán la astuta suspicacia de los oidores Aguirre y Bataller, las estultas anatematizaciones del inquisidor Bravo, la conducta incolora del Arzobispo, la decisión del osado viejo D. Gabriel J. de Yermo, la prisión de Iturrigaray, la muerte misteriosa del Padre Talamantes, el nombramiento de Virrey á D. Pedro Garibay, su substitución por el Arzobispo (D. Francisco Xavier de Lizana), la conspiración de los Michelena y el Padre Santa María, en Valladolid, los conjurados de Querétaro, el advenimiento de Venegas, que no tuvo cara de virrey, y sobre todo, el glorioso y omnipotente grito de Dolores y sus consecutivos sucesos.

*
* *

No pretendo el honor de ser en este trabajo biógrafo del Sr. Morelos; pero así como he dado cuenta del ilustre origen del libertador Bolívar y honradamente narré, á grandes rasgos todas sus hazañas, honradamente también quiero presentar desde su origen, al más ilustre libertador, Morelos, y á grandes rasgos igualmente, por equidad, enunciaré los inimitables hechos de este maravilloso genio.

D. José María Morelos y Pavón nació el 30 de septiembre de 1765 en la ciudad de Valladolid, Intendencia de este nombre (hoy Morelia, capital del Estado de Michoacán). Sus progenitores fueron D. Manuel Morelos y Da. Juana Pavón. Por muerte de D. Manuel, su hijo trabajó desde muy tierna edad con su tío D. Felipe, de arriero, conduciendo recuas, de México á Acapulco y otros puntos, hasta que entró al Colegio de San Nicolás, de su tierra natal, del cual era Rector el inmortal D. Miguel Hidalgo. Bajo la dirección de éste, Morelos hizo sus estudios siguiendo la carrera eclesiástica que terminó con brillo, y recibió las sagradas órdenes, pasando á servir sucesivamente varios curatos, hasta el de Carácuaro y Necupétaro, en el que se hallaba cuando repercutió por aquellos rumbos el prepotente grito de rebelión lanzado en Dolores.

Morelos se presentó á Hidalgo en Indaparapeo, en octubre de 1810, cuando el Generalísimo marchaba á Valladolid (Morelia), pidiéndole se

le nombrase Capellán del ejército insurgente; pero su antiguo y perspicaz maestro le contestó con el nombramiento de Teniente General, y llevándolo aparte, á unos cuantos pasos de la oficialidad que los rodeaba, en voz baja le explicó la nulidad de la excomunión fulminada contra los independientes, por Abad y Queipo, Obispo electo de Michoacán, dándole instrucciones especiales para que encendiera la tea revolucionariamente redentora en el Sur del Reino, y tomase el Puerto de Acapulco.

El humilde Cura volvió luego á su pueblo de Carácuaro y allí armó veinticinco hombres con lanzas, y con ellos marchó á Churumuco; atravesó el Mexcala, en la hacienda de las Balsas, y entró en territorio del hoy Estado de Guerrero. En Coahuayutla se le unieron algunos hombres armados, al mando de D. Rafael Valdovinos, y avanzando hasta las costas del grande Océano, en Zacatula engrosó sus pequeñas filas con 50 soldados á las órdenes del Capitán de Milicias de ese Puerto, D. Marcos Martínez. Se dirigió á Tecpan, donde el Capitán realista D. Juan Antonio Fuentes huyó á Acapulco y su gente se desertó, pasándose en su mayor parte á Morelos. Este entró en Tecpan el 7 de noviembre de 1810 con sus tropas considerablemente aumentadas. Este lugar de la costa le proporcionó, sin haber quemado un solo cartucho, abundantes recursos. Allí se le incorporó D. Hermenegildo Galeana que tanto había de distinguirse después. Al día siguiente también se le unieron en el Zanjón D. Juan y D. Fermín Galeana, hermanos de D. Hermenegildo ¹ con setecientos hombres, sin armas casi todos. Allí comenzó Morelos á tener artillería; su primera pieza fué el «Niño,» pequeño cañón que servía en la Hacienda de San José, propiedad de los Galeana, para hacer salvas en las fiestas religiosas. El 9 de noviembre pasó por Coyuya y avanzó hasta el Aguacatillo, donde entró el día 13 con dos mil hombres armados con fusiles, lanzas, espadas y flechas. En este lugar se atrincheró con tercios de algodón. Previamente había destacado setecientos hombres, con Valdovinos á la cabeza, con orden de ocupar el *Veladero*, que es una posición que domina el Puerto de Acapulco. Carreño, el Jefe de esta plaza, envió contra ellos cuatrocientos realistas, los que después de un ligero tiroteo se desbandaron, dejando tiradas muchas armas, y se pasaron muchos de ellos á los independientes. Morelos, además del Aguacatillo, fortificó la *Cuesta*, el *Marqués*, las *Cruces* y el mismo *Veladero*. Actos prudentísimos, porque el Virrey ya había ordenado que una sección de la Brigada de Oaxaca, mil quinientos hombres, marchase á atacar á los insurgentes del Sur, al mando de D. Francisco Paris, Comandante de la quinta división de milicias. A éste se unió D. José Sánchez Pareja, Comandante de la sexta división de la costa, y así lograron dispersar, el 1º de diciembre, á Valdovinos, que comandaba una sección de las fuerzas de Morelos; pero otro de sus capitanes, en cambio, D. Mi-

¹ D. Pablo, que tan brillantemente se condujo en el sitio de Cuautla, era hijo de D. José Antonio, hermano también de D. Hermenegildo. — García Cubas. — Historia de México.



D. JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN.

guel de Avila, rechazó en Llano Grande, con seiscientos soldados, á una fuerza que de Acapulco salió mandada por D. Juan Antonio Fuentes y por Rodríguez, Subdelegado de Tecpan. Este murió á resultas de las heridas que recibió en la contienda, algunos días más tarde.

El 8 del mismo mes, Paris atacó vigorosamente en *San Marcos* y las *Cruces*, á los independientes, peleándose con bravura por ambas partes durante todo el día, y suspendiéndose el combate en la noche, sin haber obtenido ventaja ni unos ni otros; tres ó cuatro días más tarde, el jefe realista atacó las posiciones de la *Sabana* que defendía el Coronel D. Julián de Avila, con solo seiscientos hombres, mientras que los asaltantes eran dos mil soldados con dos cañones. Paris había sido reforzado por tropas que de Acapulco salieron en su auxilio, y dividió su gente en tres columnas, mandando él mismo la del centro; la de la derecha, Sánchez Pareja, y D. Francisco Rionda la de la izquierda; mandando, además, una sección de cien hombres á flanquear la posición de Avila. Los que atacaban, rompieron sus fuegos de artillería, los cuales fueron eficaz y certeramente contestados por los disparos del «Niño.» Los realistas mostraron arrojo y decisión, pero los independientes se mantuvieron firmes en sus puestos. Después de largas horas de lucha, Paris se retiró á *Tres-palos*, dejando varios muertos y heridos en el campo.

Después de este hecho de armas, Morelos, á pesar de las ventajas que sus capitanes le habían procurado, quedó en muy difícil situación, pues que carecía de municiones y se hallaba entre dos fuegos: Paris, en *Tres-palos* y Acapulco con fuerte guarnición lo amenazaban. Afortunadamente tuvo noticia de que en el campamento de Paris había un capitán, Mariano Tabares, resentido por haber recibido, poco hacía, injusto castigo. No era Morelos quien desperdiciara la probable ocasión propicia y, entablado negociaciones con Tabares, logró combinar un plan con él. En consecuencia, mandó al mismo Coronel de Avila con seiscientos soldados contra los realistas, la noche del 4 de enero de 1811: á una señal de Tabares, Avila atacó impetuosamente y venció, tomando al enemigo ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, cincuenta y dos cajones de parque, varios pertrechos, víveres, etc.

Algunos historiadores pretenden que Paris fué fusilado sobre el campo, por Morelos; pero esto no es de admitirse por varias razones; primera y principalísima: Paris figura en acciones posteriores, y no es probable que no sea el mismo de *Tres-palos*, y, además, Morelos no estuvo personalmente en el teatro de la acción; Zárate, en «México á Través de los Siglos,» no sólo afirma que Paris huyó en medio de la confusión, sino que transcribe el siguiente párrafo del mismísimo Alamán, deturpador de la Independencia y de sus héroes: «Morelos, —dice con este motivo Alamán— sin haberse presentado todavía él mismo en el campo de batalla, había logrado por medio de sus tenientes, los Avila, batir con fuerzas inferiores á las realistas; y en el corto espacio de dos meses, habiendo empezado la campaña con veinticinco hombres que sacó de

su curato, había reunido más de dos mil fusiles, cinco cañones, porción de víveres y municiones, *todo tomado del enemigo.*»

*
* *

Después de la victoria sobre Paris, Morelos marchó al cerro de la *Iguana*, donde se situó el 8 de febrero, intentando tomar Acapulco, lo que no consiguió por carecer de gruesa artillería, municiones y tropas suficientes. Este intento fué desastroso para las tropas de Morelos, pues á consecuencia de la traición del artillero español Gago, los insurgentes fueron acibillados por la artillería de los baluartes, y siete barcos que se hallaban surtos en la bahía, salvándose de una completa derrota, sólo por la serenidad y admirable energía de su General, que para impedirles la huida, tendióse en tierra en la única estrecha salida de que disponían sus soldados, los cuales prefirieron la muerte, á hollar con su planta el respetable cuerpo de tan extraordinario Caudillo. El 19 del mismo mes, una vigorosa salida de la guarnición del Puerto obligó á los asaltantes á retirarse á sus antiguas posiciones de la *Sabana*, donde permanecieron por espacio de un mes repartiéndose su fuerza, que constaba de dos mil doscientos hombres, en el *Veladero*, las *Cruces*, *Aguacatillo* y la misma *Sabana* y rechazando denodadamente, mandados por el bravo Galeana, á las fuerzas de D. Juan Antonio Fuentes y del Oidor Recacho. Viendo Morelos que se agotaban rápidamente los víveres y escasos elementos de guerra de que podía disponer, dejó á Avila bien fortificado en el *Veladero*, y, rompiendo las líneas de Fuentes, la noche del 3 de mayo se dirigió á Chilpancingo con sólo trescientos soldados, perseguido de cerca por los realistas, sobreponiéndose á las torturas del hambre, á las inclemencias de mortíferos climas, y, como el audaz cartaginés en su camino á Roma, rompiendo las montañas para abrirse paso. Llegó por fin este guerrero excepcional á la hacienda de la *Brea*, y desde allí envió á Galeana á Chichihualco, finca de los señores Bravo, familia ó legión de bravos y acendrados patriotas: D. Leonardo, D. Miguel, D. Víctor y D. Máximo, hermanos, y D. Nicolás, hijo del primero, que entonces contaba diez y nueve años y que pronto inmortalizaría su nombre, no sólo con sus meritísimos hechos de armas, sino aun más, por el acto sin igual en la historia del Universo, manifestación de la grandeza de su alma: indultando trescientas vidas (que podía segar impunemente y sin escrúpulo), como sublime represalia al inicuo asesinato de su padre.

*
* *

En aquel punto uniéronse estos héroes al que de entonces en más sería su digno jefe y hábil mentor en el doloroso y difícil camino de la inmortalidad. Allí mismo hicieron su debut, y capitaneados por Galeana, desbarataron la división del Comandante Garrote, tomándole cien pri-

sioneros, trescientos fusiles y gran cantidad de municiones y pertrechos, todo lo cual supo aprovechar Morelos para reforzar y armar su gente y entrar triunfante á Chilpancingo el 24 de mayo del memorable 1811.

Después del descalabro sufrido por los realistas, Garrote se retiró á Tixtla á donde lo siguió Morelos y lo aniquiló por completo, tomándole más de seiscientos prisioneros, ocho cañones y doscientos fusiles. Inmediatamente después de tan brillante triunfo, ordenó la fortificación de Tixtla para dejar allí al ínclito Galeana, dignamente secundado por D. Nicolás Bravo, y regresó á Chilpancingo, ciudad en la que se celebraba la fiesta del 15 de agosto, con corridas de toros, lides de gallos, funciones de acróbatas y otras, propias de las ferias. Con tal motivo, parte de la guarnición de Tixtla se dirigió á la feria, en tanto que Fuentes, que había suspendido su ataque al *Veladero* y se hallaba ya en Chilapa, siendo informado de la posición de los independientes, quiso aprovechar el propicio momento de atacar á los de Tixtla, y así lo hizo el mismo día 15. Informado á su vez Morelos, destacó un correo para anunciar al impertérrito Galeana que al día siguiente sería con él. Los americanos, no obstante su escasa fuerza y falta de municiones, se sostuvieron con entereza, y al día siguiente, cuando se hallaban en lo más álgido del combate, los realistas no se dieron cuenta del avance del infalible Morelos, y sí extrañaron inusitado alboroto, manifestado por los independientes, con alegres repiques y cohetes lanzados desde las torres de la parroquia, y al querer inquirir la causa, se hallaron entre dos fuegos, desconcertados por las certeras balas del «Niño,» cañón que debe haberse regocijado al sentirse disparado por Morelos en persona. El Jefe realista ordenó desde luego la formación de cuadro para resistir el ataque simultáneo; pero Bravo y Galeana no dieron tiempo á que se cumpliera esta orden, y cayendo con el ímpetu del alud, vencieron toda resistencia con el corte de sus bien templados aceros. Fuentes y Recacho fueron los primeros que apelaron á la fuga y, seguidos de su destrozada división, que presa de terror pánico tiraba las armas en el campo, huyeron á Chilapa, donde entraron en confusión indescriptible, mezclados con sus perseguidores. Morelos entró tras de ellos á dicha plaza y les tomó cuatrocientos prisioneros, otros tantos fusiles, cuatro cañones y gran cantidad de parque y otros pertrechos. Gago, el traidor artillero, pagó allí cara su perfidia y el dinero en que había vendido la entrega de Acapulco, así como aquel Toribio Navarro, que había recibido del ilustre vencedor recursos para reclutar gente, y se había pasado al enemigo. Este par de traidores fué pasado por las armas: única ejecución de prisioneros, pues los otros, en parte engrosaron las filas insurgentes, y en parte fueron enviados á Teupan y Zacatula.

Dueño Morelos de Chilapa, población fabril ya desde entoces, hizo tejer toda la manta necesaria para que se vistiesen todas sus semidesnudas tropas; reorganizó su ejército, enviando al efecto emisarios á la costa á reclutar soldados, y se ocupó en disciplinar á los reclutas y en

reparar su armamento. Ya contando con algún respiro, se dedica á diversos asuntos políticos y administrativos, dictando decretos y muy acertadas disposiciones, y sosteniendo muy activa correspondencia con la Junta de Zitácuaro, escribiendo todo de su puño y letra, dando tan raras pruebas de actividad y talento, que arranca elogios al acérrimo defensor de la opresión, D. Lucas Alamán.

Entre otras promulgaciones suyas, no debe olvidarse la que tendía á la extinción del antipatriótico antagonismo llamado guerra de castas, que su clarividente y adelantado espíritu de sociólogo columbraba como hídra maléfica que sería perniciosa á la fraternidad nacional.

*
* *

Hasta aquí hemos puesto de relieve las sorprendentes dotes intelectuales del Sr. Morelos como capitán y como estadista; pero mucho nos falta que admirar desde este último punto de vista, si meditamos sus revelantes manifestaciones advertidas en sus obras de más trascendencia, como son sus notas y opiniones acerca de las bases para el proyecto de Constitución que le sometiera Rayón; el decreto aboliendo la esclavitud, y las reglas preliminares para la erección del Congreso ¹ que había de investirlo de la dignidad de Generalísimo y Jefe supremo del Ejecutivo, á la cual investidura, el augusto Morelos añadiría otro dictado, con una modestia encantadora, nombrándose á sí mismo *siervo de la nación*.

Mucho tendríamos aún que decir de sus insólitas hazañas de guerrero, únicas en su género y en circunstancias incomparables; pero no nos es posible seguirlas una á una, ni es necesario, dada la ilustración de quienes han de leerlas, y como, por otra parte, cada acción efectuada por el insigne superhombre entraña en todo orden de ideas una epopeya de las más excelsas en los épicos anales de la humanidad, juzgamos un delirio intentar cantarlas, y sólo nos atreveremos á enumerarlas cronológicamente, pues para consignarlas todas, aun sin entrar en grandes detalles, no bastaría este limitado número de páginas; serían precisos gruesos volúmenes.

Antes de proseguir, séanos permitido exponer hechos que revelan el envidiable carácter del magnánimo campeón, en el orden moral.

Un Padre Alva le escribía desde esta capital, advirtiéndole que dos hombres habían de presentársele como armeros; pero que no eran tales, sino asesinos que llevaban el siniestro designio de envenenarlo. Efectivamente, se presentaron dichos dos individuos al General victorioso, quien ordenó fueran arrestados; pero antes de que transeurrieran muchos días, los hizo poner en libertad, los perdonó y colmó de favores como si le hubiesen prestado un gran servicio al atentar contra su vida. ¿Nó se inspiraría Bravo en esta lección práctica? ¿Nó germinaría en su corazón este bello ejemplo para fructificar muy pronto?

¹ Alamán dice que esto era sencillamente hacer la Constitución.

*
* *

Tabares, aquel Capitán que vendió al realista Paris, y un norteamericano, David Faro, disgustados porque no se les concedían los ascensos á que injustificadamente aspiraban en el ejército independiente, tramaron una contrarrevolución, pero siendo sofocada ésta, sus autores fueron aprehendidos y fusilados como traidores por orden del gran Jefe, justo y severo juez para con los iscaríotes.

El Obispo Campillo, de Puebla, envió tanto á Rayón como al invencible Adalid del Sur, un descosido manifiesto para convertirlos á la causa realista, y ambos contestaron con dignidad, rechazando las proposiciones contenidas en aquel escrito, siendo notable por su alto y circunspecto estilo la respuesta del Sr. Morelos.

*
* *

Terminaba 1811, y en su último mes, tan fecundo en éxitos para el invicto Caudillo, salía éste de Chilapa y se dirigía á Tlapa para marchar infatigable contra Chiautla, donde derrotando al español Musitu el día 4, le toma, como es lógico esperar, muchos prisioneros, municiones, víveres y cañones, entre los que se hallaba el que el arrogante realista había bautizado con el presuntuoso nombre «Mata-Morelos.» Después de esta jornada, pasa el egregio vencedor á Izúcar, en donde entra el día 10 y hace la inapreciable adquisición de D. Mariano Matamoros, Cura de Jantetelco, que allí se le presenta, y antes de mucho infligiría tan rudos golpes á las armas españolas. El realista Soto-Maceda sale de Puebla contra los independientes y es derrotado por completo el 17, para morir dos días después á causa de las heridas que recibiera en el combate. Salen los vencedores de Izúcar y se dirigen á Cuautla, llegando á dicha plaza el 24. Galeana es enviado contra los realistas, á quienes deshace por completo, á fines del año, en Tepecuacuilco y en el importante mineral de Taxco.

Al empezar 1812, en 14, 16 y 20 de enero, desembarcan sucesivamente en Veracruz, procedentes de España, el batallón de Asturias, el de Lovera y el regimiento de infantería «América.»

Porlier, que tantos estragos causara á los patriotas del Bajío, sale de Toluca contra los del Sur, y el día 3 del mismo enero bate á algunas partidas de éstos en Tecualoya. Allí es atacado por Galeana el día 17 y sufre un descabro que lo obliga á replegarse á Tenancingo, y fortificarse. El infatigable Morelos lo persigue y derrota totalmente el 22 del mismo enero. Porlier huye hasta Toluca, á cuya población causa compasión el lastimoso aspecto de los derrotados. Los triunfadores regresan á Cuautla, que los recibe con regocijo el día 9 de febrero, ocho

días antes de que empezara el renombrado y glorioso sitio, único en el mundo.

S. E. el Virrey D. Francisco Xavier de Venegas se encargó de sintetizar la trascendental importancia de las campañas anteriores de aquel Morelos, cuyo mérito excepcional admiraba muy á pesar suyo, y á quien insultaba, y aparentando despreciarlo, temía y hacía en parte, exigua y mentecata justicia, cuando daba, en 8 de febrero, orden á Calleja para que atacara al principal *Corifeo* de la revolución:

Leamos:

«.....

«Los de Santa María Tixmadage y algunos otros pueblos de la dirección de Valladolid, interceptan la correspondencia y giro de aquella con esta ciudad, y después de que el ejército se ha retirado de Toluca, vuelven á aparecer gavillas de Tenancingo y aquel rumbo, permaneciendo siempre en rebelión los ranchos ó sierras inmediatas á aquella ciudad, el Real de Temascaltepec, Sultepec y países confinantes.

«Peor aspecto presenta todavía el camino viejo de Puebla y toda aquella provincia. Los rebeldes ocupan con fuerzas considerables los pueblos de Teotihuacán, Otumba, Calpulalpan, Apan y todas las haciendas del territorio, talando y destruyendo todo, é insultando incesantemente á los infelices moradores adictos á la buena causa que viven en la inquietud doméstica.

«De este estado de trastorno público se sigue la dificultad ó absoluta imposibilidad de la precisa correspondencia con Oaxaca y su provincia, y lo que es más, con la plaza y Puerto de Veracruz, último golpe que se puede dar al comercio de este Reino y causa que ha de motivar un sensible desaliento en la Península y una opinión en toda la Europa, de nuestro estado de decadencia; juzgando por la falta de noticias, que los rebeldes hayan conseguido triunfar de las tropas reales, sufriendose desde luego el estanco de capitales, habiendo en esta ciudad más de dos millones de pesos en poder del conductor, para trasladarse á aquella plaza, sin que lo haya podido verificar en el espacio de algunos meses, por la dificultad que ofrecen los caminos y la falta de tropas para superarla.

«Todos estos males, el perjuicio de estar interceptado el comercio de Acapulco, imposibilitada la descarga de la Nao y la traslación de sus efectos á lo interior del Reino, privándose el real Erario, en medio de su penuria, de un millón de pesos que debería reportar de los derechos de aquel cargamento, y la inminencia de que aquella plaza y su Puerto puedan sucumbir á las fuerzas de la insurrección, están apoyados por el cuerpo de Morelos, corifeo de la insurrección en la actualidad, y podemos decir que ha sido en ella el genio de mayor firmeza, de recursos y astucias, habiendo ciertas circunstancias favorables á sus designios, prestádole

mayor osadía y confianza en llevarlos á cabo, principalmente el ataque de Tixtla, en que derrota aquella división, que aunque debiera haber sido respetable por su número, perdió todas las ventajas en la disciplina, en la relajación y en el desorden, y sobre todo, en la incapacidad de su comandante para conducirla.

«Es, pues, indispensable combinar un plan que asegure dar á Morelos y á su gavilla un golpe de escarmiento que los aterrorice, hasta el grado de que abandonen á su infame caudillo, si no se logra aprehenderlo.

«Sus principales puntos ocupados son Izúcar, Quautla y Taxco, habiendo destacado en estos últimos días una vanguardia que ocupó sucesivamente los pueblos de Totolapa, Buenavista, Xuchi, Tlalmanalco y Chalco, la cual se ha replegado posteriormente á Totolapa y Quautla, teniendo avanzadas en Buenavista.

«El plan que dictan las referidas posesiones del enemigo es de un ataque simultáneo en los puntos de Izúcar y Quautla para no darle lugar á que reúna el todo de sus fuerzas en alguno de los dos; y aunque sería más completa la operación atacando con la misma simultaneidad al Real de Taxco, prestaría inconveniente la necesidad de subdividir las fuerzas, no siendo suficientes las que hay en Toluca, especialmente por la escasez que tienen de oficiales para desempeñar el ataque de aquel punto. 1

.....

 México, 8 de Febrero de 1812.—Venegas.»

*
 * *

D. Félix María Calleja del Rey que acababa de tomar á Zitácuaro, tan hábil y valientemente defendida por los Rayón, á urgentes y reiterados llamamientos del Virrey vino á México adonde arribó é hizo su entrada triunfal el día 5 de febrero. Todas las esperanzas del Gobierno y aliados se cifraban en Calleja, de quien se esperaba todo; ese todo era el golpe decisivo á la revolución, en Cuautla, desde donde constantemente se desprendían partidas de independientes que se aventuraban hasta San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), á cuatro leguas de esta ciudad, y tenían en continuo sobresalto á los realistas, Venegas *in capite*, que, como se recordará, confesaba en su orden á Calleja que aquellas avanzadas *llegaban hasta Chalco*.

Este último, distinguido y terrible corifeo de la tiranía (devolvamos cortésmente á S. E. sus epítetos), al principio sintió repugnancia de ir contra los del Sur; quizá presentimientos de instinto le hacían entrever el éxito negativo de la malhadada expedición; pero después, las mani-

1 Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos. Tomo IV, págs. 31 y siguientes, que existe en el Archivo Gral. de la Nación, citada por D. Julio Zárate en el Tomo III de «México á Través de los Siglos.»

festaciones de que fué objeto lo impulsaron á autosugerirse que cual otro César llegaría, vería y vencería, y así decidido, al llegar frente á las gavillas, como llamaba á los insignes que habían de abatir su orgullo, dispuso todo, de manera que á la puesta del sol ya estuviera descansando en su aristocrático hospedaje de México. ¡Y pensar que después de setenta y tres penosos días nada era lo que había ganado, y sí mucho é inestimable lo perdido!

En virtud de las instrucciones de Venegas, Calleja, el General español más prestigioso en América, marchaba contra el más temible enemigo de la opresión á Cuautla de las Amilpas, hoy justamente Cuautla Morelos: Calleja, el vencedor de Aculco, Calderón y Zitácuaro, mandaba el ejército del centro, lo más granado de la gente de armas de que disponían los dominadores, compuesto de veteranos de los más experimentados, pues desde el principio de la campaña habían sido conducidos con admirable disciplina, de triunfo en triunfo, porque justo es decirlo, Calleja, á pesar de sus bárbaras crueldades, no debe ser privado de su honra militar, ni de su valor, ni de su pericia, ni de su perspicacia, ni de sus enérgicas aptitudes de mando. Si era orgulloso y despótico hasta sobrepasar los límites de la peculiaridad de su raza, era un completo soldado, el único digno de medir sus osadías con las de su invicto y superior adversario.

Sus tropas, bien provistas de cuanto fuese necesario para todas las eventualidades de una larga lucha, salieron de esta capital el 11 del mismo febrero, en número de siete mil hombres de las tres armas: magnífica caballería, gruesa y potente artillería, y valiente infantería, reforzada, además, por los batallones de Lovera y Asturias, el cual, más tarde debería dejar de existir todo entero, aniquilado por el bravo Matamoros en el camino de Veracruz.

Por su parte los independientes solamente eran inferiores á sus contrarios, en número y elementos materiales de defensa; por lo demás, también habían sido traídos triunfantes, por toda la extensa zona del Sur, desde el Océano Pacífico hasta San Agustín de las Cuevas, (Tlalpan), y contaban con el inagotable genio de su idóneo General; pero se hallaban en circunstancias en todo favorables al enemigo, pues que, además de guarecerse ellos en una plaza de débiles casas de adobe, techadas con endebles cañas, se hallaban también rodeados de ricas fincas de campo, pertenecientes á españoles, organizadas militarmente con servidores adictos á la causa real, y capaces, en un momento dado, de resistir y hasta aprehender á oficiales insurgentes, como lo hicieron los dependientes y servidumbre de aquel Yermo (el aprehensor de Iturrigaray), con D. Leonardo Bravo y compañeros, al terminar el cerco que vamos á mencionar. Y no fueron éstas las únicas ventajas de los realistas; ya iremos señalando otras más, no despreciables.

*
* *

El 18 de febrero de 1812 se avistaban las avanzadas enemigas y Cautla iba á ser teatro de acontecimientos estupendos.

Iban á chocar dos enormes fuerzas, sólo comparables á las más impo-
nentes de la naturaleza: una, Calleja, el titánico y colérico torbellino, osa-
do é impetuoso, con la conciencia de su valor, sus fuerzas y ventajas;
la otra, Morelos, altiva é incommovible montaña cuya serena cúspide se
eleva hasta los cielos, consciente de su deber y de sus derechos, de su
privilegiado espíritu sin miedo y de su indómita constancia. El huracán
arrancaría rocas para lanzarlas con furia contra la eminencia; la
cumbre haría explosión como activísimo ígneo cráter, y resistiría im-
pertérrita al irritado é impotente vendaval.

El resultado de este formidable choque sería: de una parte, inútiles
pérdidas de vidas, tiempo y dinero para conquistar el desprestigio, y
una humillante compasión de los suyos; de la otra, angustias infinitas,
sacrificios sobrehumanos, durísimas penalidades, heroicidades legenda-
rias, para cubrirse de legítima gloria y alcanzar un triunfo tan efectivo
como si hubiera hecho polvo á su arrogante antagonista, á quien obli-
gaba á rendirle tributos de respetuosa admiración, que habían de per-
petuarse en las pósteras generaciones de ambos mundos.

El ya vacilante solio del despotismo más oscilaba, mientras la na-
ciente encina de la libertad, robustecida se alzaría más enhiesta y mul-
tiplicaría sus raíces.

*
* *

No entra en nuestro plan la descripción del memorable sitio de Cuau-
tla, cuya grandiosa epopeya por sí sola requiere una obra especialmen-
te á ella consagrada, siendo, además, superfluo nuestro intento, porque
las heroicas hazañas de nuestros inmortales, aun cuando jamás serán
ensalzadas lo suficiente, han sido ya cantadas por inspiradas liras, y, so-
bre todo, nadie las ignora, ni los niños, ya que felizmente por loable
disposición del doctísimo hombre de Estado que orienta los destinos in-
telectuales del país, al difundir desde la escuela elemental el culto sacra-
tísimo de la patria, presenta á las almas infantiles modelos de grande-
za, heroísmo y abnegación sublimes.

Según el limitado plan de este trabajo, debía únicamente nombrarse
Cautla, para abonar al gran Caudillo, en cuyo honor se escribe, la
más cuantiosa cifra de su incalculable haber; pero es de extricta jus-
ticia honrar también la augusta memoria de los lugartenientes que
con él supieron merecer la gratitud de los redimidos, y á quienes él esco-
gió con tan admirable penetración. Séanos permitido señalar nada más

los hechos concretos que los honran, y que al efectuarse en Cuautla agigantan el inmenso pedestal de imperecedera gloria en que se ostenta el excelso Morelos.

Sabido es que Calleja se presentó ante la plaza que había de sitiar, el 18 del mes ya citado, con más de siete mil hombres, que algunos autores hacen ascender á doce mil, lo cual no carece de verdad, pero sí de explicación. Las tropas que componían el ejército del centro fueron constantemente reforzadas sin tasa, en el concepto que ésto fué efectuándose á medida que avanzaba el tiempo, y no al iniciarse el primer ataque. Sea como fuere, la superioridad numérica de los realistas siempre fué abrumadora, acentuándose más á medida que transcurría el tiempo, y con él, la peste, el hambre y los combates reducían á los sitiados á la tercera parte.

Recuérdese que Venegas ordenó que simultáneamente con Cuautla se atacara Izúcar, y que Llano con dos mil hombres se encargó del asalto de dicha población, y que al ser rechazado por el invicto Guerrero y el Padre Sánchez, recibió orden de abandonar Izúcar y cooperar en Cuautla. De allí salió el insurgente Ordiera con trescientos soldados, cuyo contingente no volvió á entrar á la heroica Ciudad, con orden de ocupar la barranca de Tlayacac para impedir que Llano se reuniese con Calleja; pero éste, al darse cuenta de la salida de Ordiera, destacó contra él fuerzas considerables, que dispersaron fácilmente á los insurgentes, y, ya se sabe, Calleja aumentaba su ejército con dos mil combatientes, mientras el General independiente perdía trescientos, más los cien dragones que á las órdenes de Matamoros y Perdíiz con intrepidez asombrosa arrollaron las líneas sitiadoras para ir en busca de víveres que desgraciadamente no se logró introducir á la plaza. Si á estas bajas se agregan las naturalmente causadas por el primer combate, que fué uno de los más sangrientos, no es aventurada la hipótesis de que los insurgentes antes de estar completamente circunvalados, apenas ascendían á dos mil, y es de todo punto sorprendente, y aun parece increíble, que estos denodados defensores, reducidos á menos, día por día, tuvieran en jaque, diezmándolo, al cuerpo de ejército que, por su gran número homogéneo, disciplina, equipo y elementos, fué el primero que se agrupara bajo el pendón de Castilla en el Nuevo Mundo desde que Colón lo brindara á los Reyes Católicos.

El General realista desde luego quiso reconocer las fortificaciones de Cuautla, que halló ejecutadas con inteligencia, no obstante que el insigne Morelos apenas hacía unos cuantos días que se hallaba en aquella plaza. Si bien es cierto que D. Leonardo Bravo ya había empezado á fortificarla durante la expedición de su Jefe contra Porlier, ignoraba cómo y por quién sería atacado, y con mayor razón, que sería necesario resistir un sitio.

Cuando el desdeñoso Jefe español, á tiro de cañón recorría las trincheras y se situaba en las colinas de Cuautlixco, á media legua de los

patriotas, el activo General de éstos lo observaba desde San Diego, y no pudiendo contener la ardiente impaciencia de hallarse cara á cara con el realista, salió temerario del perímetro fortificado, con algunos hombres de su escolta, á pesar de la opinión contraria del mismo impetuoso Galeana, del audaz Matamoros y de los valientes Bravo, á inquietar á los contrarios. El General Calleja, con su peculiar astucia, había emboscado algunas tropas con cañones á ambos lados del camino que fundadamente supuso recorrería Morelos, cuyo arrojo temerario no desconocía el Jefe realista. El ardid surtió en parte el efecto deseado, pues en unos cuantos minutos la escolta del atrevido General insurgente quedó diezmada por los fuegos cruzados de las emboscadas, y este ilustre Jefe cercado de enemigos que intentaban aprisionarle, lo que hubieran conseguido si Galeana, rápido como el rayo, no hubiera caído sobre ellos, destrozando con su terrible espada cuanto se oponía á su paso y auxiliando á su venerado General, quien sin perder un instante su habitual imperturbable serenidad, había empezado á vender muy cara su libertad. Ambos regresaron á la ciudad en medio de las aclamaciones del ejército y de un pueblo delirante de entusiasmo, que había experimentado mortal angustia ante el inminente peligro del que justamente era su ídolo.

Al día siguiente, 19, Calleja dispuso el asalto de aquel caserío, formado en su mayor parte de chozas de zacate y el resto de adobe, que nunca creyó necesitar sitiarse en forma, y á las siete de la mañana destacó cuatro columnas de infantería, una batería y dos de sus mejores regimientos por el rumbo del Calvario, extremidad Norte, de donde una calle recta conduce á la plazuela de San Diego, cuyas fortificaciones, iglesia y convento se confiaron á la defensa del indómito Galeana. Los asaltantes llegaron valientes hasta ponerse á tiro, sin que se les inquietara, pues esta era la orden superior dada á los independientes, y se rompieron los fuegos por ambas partes: por una y otra se luchó con decisión y bizarría, llegando los combatientes hasta golpearse con sus fusiles ya que no podían cargarlos de nuevo por estar confundidos luchando cuerpo á cuerpo.

A estar bien provistos de bayonetas los insurgentes, quizá desde entonces este primer combate hubiera sido decisivo, quedando el campo por el ilustre Morelos, vencedor en aquella jornada de más de siete horas.

Los actos de heroísmo se hicieron vulgares entre unos y otros adversarios: Galeana saltó las trincheras y peleó á pecho descubierto, disparando sin cesar su certera carabina. Distinguiólo el Coronel español Sagarra y se dirigió á él, empuñándose un combate singular entre ambos, cuyo resultado fué la muerte de Sagarra. El vencedor le quitó las armas, y tomándolo por un pie lo arrojó al campamento insurgente, y los realistas quedaron atónitos ante aquel nuevo Aquiles.

Otros dos coroneles realistas, pundonorosos y esforzados, murieron

en esa sangrienta acción: el Conde de Casa Rul y D. Juan N. Oviedo. Los soldados del Rey, al sufrir tan considerables pérdidas, se encolerizaron y arremetieron con más fuerza contra los impávidos independientes, que supieron oponerles una inexpugnable barrera humana. Se produjo un tremendo choque, y en el mismo instante doscientos indios que se habían parapetado tras las bardas del convento, lanzaron con sus hondas una terrible lluvia de piedras contra los asaltantes, desconcertándolos un tanto; pero repuestos, se dividieron, y entrando en las casas de una y otra líneas de la calle, las fueron horadando para abrirse camino hacia San Diego, abrigados contra los fuegos y piedras de los insurgentes, á quienes impunemente empezaban á flanquear. Galeana destacó á su sobrino D. Pablo á detenerlos, lo que hizo éste con empuje sorprendente, arrojándoles granadas de mano al mismo tiempo que el «Niño,» enviado con toda oportunidad por el activísimo Morelos, disparaba preciso.

El intrépido D. Hermenegildo se multiplicaba, pero tenía que dejar largo tiempo unos puntos, para acudir á los de mayor peligro, y así fué que en una de las baterías donde él no se hallaba, se oyó un grito traidor «Galeana está derrotado,» é intimidados los artilleros huyeron hacia el centro de la plaza dejando abandonado un cañón, al que una columna enemiga se avalanzaba con presteza; pero la patria entre sus gigantes héroes contaba todavía con un defensor de doce años, Narciso Mendoza, que sin vacilar vuela al punto abandonado y dispara la pieza causando gran estrago á los que iban á tomarla. Morelos, Galeana y Bravo, D. Leonardo, augusta trinidad de semidioses, llegan oportunos, y con su sola presencia dan fin á la pelea.

Más de mil quedaron fuera de combate entre muertos y heridos de ambos beligerantes.

Este primer asalto significó á los independientes un rayo de esperanza y un brillante triunfo; y á los tiranos dura lección y descalabro desastroso.

Á las tres de la tarde se retiró derrotado Calleja á las lomas de Cuatlixco y hacienda de Santa Inés. Él, que al comienzo de la batalla seguía á sus tropas en coche, porque desde el coche creía vencer cómodamente! Y, «comunicaba á Venegas el desastre que acababa de sufrir, aunque atenuando las pérdidas y afirmando que el número de independientes encerrado en Cuautla excedía de doce mil, con treinta piezas de artillería. (Ya se sabe el verdadero total de sus defensores, y que su artillería no excedía de quince cañones, ¡la mitad!); que este pueblo estaba fortificado con inteligencia; que no era posible tomarlo por asalto; y que para establecer un sitio en regla, necesitaba refuerzos de gente y artillería. En esa misma noche del 19 reunió en junta de guerra á todos los jefes superiores de su ejército, y todos, sin excepción, opinaron que era menester diferir el ataque hasta que se recibiesen los medios necesarios para repetirlo con probabilidades de buen éxito. Al día siguiente, 20 de

febrero, enviaba nueva comunicación al Virrey, asegurándole que el pueblo exigía un sitio de *seis* ú *ocho días*, con tropas suficientes para dirigir tres ataques y circunvalarle, pues aunque su recinto ocupaba más de una legua, podía reducirse á la tercera parte.

«Si Cuautla no quedase demolida como Zitácuaro, decía Calleja en esta comunicación, el enemigo multiplicaría sus fortificaciones en parajes convenientes, y la insurrección, que se halla en su último término, cundiría rápidamente y tomaría un nuevo y vigoroso aspecto.»¹

Y perseverando en el propósito de demolerla, empezó desde luego á establecer su cuartel general, proveeduría, hospitales, depósito de parque, etc. El infatigable Morelos desplegó á su vez imponderable actividad, ampliando sus magistrales, pero improvisadas obras de defensa, principalmente por el rumbo de Buenavista, el más próximo á las posiciones realistas, avanzando un reduto en el platanar, para defender el río de aquel punto; estableció una maestranza para la fabricación de municiones, y envió á todas las haciendas y pueblos accesibles expediciones en busca de víveres. Estas expediciones se repitieron con éxito varios días santes y después de establecido el asedio. Es injustificable que se acense, como no ha faltado quien, á tan previsior guerrero, por lo que no pudo evitar y más lo enaltece, por el hambre que hubo en Cuautla, á la que se sobrepusieron con tan honorable entereza sus tropas y los habitantes á quienes se instó para que abandonasen en tiempo oportuno la población. Siempre continuó en esta diligente actitud el eximio General, no jugando á la malilla (como decían sus despechados detractores, no sabiendo qué cargo inventar contra él, ya que lo contemplaban inmaculado como el que más, verdadero caballero sin tacha), sino multiplicándose portentosamente en la batalla, á la que jamás escatimó su valiosísimo contingente personal; en la administración, gobierno y dirección de todos los ramos indispensables en las circunstancias, y en todos los sitios en donde su aliento poderoso era necesario para levantar los espíritus; ora á la cabecera del doliente herido, ora cabe el sencillo túmulo de los mártires, ora en la choza de los deudos de las víctimas de la barbarie de los asaltantes (como los que habitaban las casas horadadas por los realistas rechazados el 19), ora en las jamaicas y sencillos bailes que para el pueblo organizaba bajo los disparos mismos de artillería sitiadora. Y en todas partes se adaptaba á todas las condiciones, prodigando palabras de consuelo y estímulo, tan confortadoras y eficaces, como que dimanaban de su verbo creador y prodigioso que, como el plectro de Tirteo, convertía en invencibles adalides á los neófitos adeptos de la libertad.

No faltaron diarios encuentros, escaramuzas continuas y reconocimientos mutuos durante todo febrero, que terminó con el ingreso de la fuerza de Llano á las líneas de Calleja, y á partir del 1º de marzo, los

1 México á Través de los Siglos.—Tom. III, pág. 290.

insignificantes tiroteos se tornaron en combates generales, en los que sobresalía Galeana, pues ni un momento dejó de hostilizar á los realistas que iban progresando en los trabajos de zapa que habían de terminar el día 9. Concluída la instalación total de las baterías sitiadoras, tronaron los cañones y morteros de todos los puntos, y las granadas, bombas y metrallicas llovieron sin interrupción, de día y de noche, sobre el recinto de los estoicos independientes. Calleja, lleno de estupor escribía el día 12 á S. E. Venegas: ¹

«Cuento hoy, cuatro días de fuego que sufre el enemigo, como pudiera una guarnición de las más bizarras, sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todos los días amanecen reparadas las pequeñas brechas que (aquí se apercibe á disculpar su impotencia) es capaz de abrir mi artillería de batalla: la escasez de agua la han suplido con (sangre, debía decir) pozos; la de víveres, con maíz que tienen en abundancia (y en la posterior penuria, con animales inmundos, cueros de los arneses, yerbas, y si preciso fuera, con piedras que Morelos sabría convertir en pan, debía añadirse); y todas las privaciones, con un fanatismo difícil de comprender (por miopía obstinada que no permite columbrar lo excelso) y que haría necesariamente costoso un segundo asalto que sólo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta». Y poco después pedía «que se hiciese venir artillería gruesa de Perote y todo cuanto pudiese necesitarse sin perder instante, prefiriendo aquella á todas las demás atenciones, á las que se podía después ocurrir; y si el Virrey no estuviese conforme con estas ideas, pedíale que previniese terminantemente lo que debía ejecutar, en circunstancias que, por cualquiera parte que se mirasen, ofrecían muchas dificultades para el acierto.»

El 2 de abril el batallón de Lovera recibió orden de desviar el curso del río Juchitengo, para privar del agua á los sitiados, lo que ejecutó la misma noche; pero el perspicaz Morelos inmediatamente ordenó al intrépido Galeana deshiciera la obra de los realistas, y construyera un pequeño fuerte para defender en lo sucesivo la toma de agua. Así se efectuó en pleno día bajo los fuegos enemigos, y al amanecer el día 3, estaba reconquistado el dominio del río, muy disputado durante todo el resto del sitio, pero que no perdieron ya los americanos.

Véase lo que Calleja dice á este respecto: «Al amanecer de ayer (día 3), quedó cortada el agua de Juchitengo que entraba en Cuautla, y terraplenada la zanja que la conducía, y ordené al Señor Llano por hallarse próximo á su campo de que destinase el batallón de Lovera, con su comandante á sólo el objeto de impedir que el enemigo rompiese la toma; pero á pesar de todas mis precauciones, y en medio del día, permitió, por descuido, que no sólo la asaltase el enemigo sino que construyese sobre la misma presa un caballero ó torreón cuadrado y cerra-

¹ Véanse Bustamante y Alamán, citados en «México á Través de los Siglos.»—Tomo III, págs. 288 y siguientes.

do, y además un espaldón que comunica el bosque con el torreón, por cuyas obras cargó un gran número de trabajadores, sostenidos desde el bosque. Y á pesar de su ventajosa situación, dispuso que el mismo batallón de Lovera, ciento cincuenta *patriotas* de San Luis y cien granaderos, todo al cargo del Sr. Coronel don José Antonio Andrade, atacase el torreón ó parapeto á las once de la noche, lo que verificó *sin efecto*, y tuvimos cuatro heridos y un muerto. Sigue el enemigo con extraordinaria actividad reparando *ruinas*, construyendo nuevas baterías y *atacando alternativamente todos los puntos de la línea.* Nada tenemos que agregar á lo que asienta la parte contraria; pero debemos insistir acerca de la personalidad conspícua de Morelos.

Continuándose, como se ha dicho, la disputa desesperada de la posesión del río, los sitiados, siempre con su invicto General en primer término, dieron repetidas y envidiables pruebas de abnegación y bravura, estimulados siempre por los inenarrables ejemplos del denodado guerrero, que en más de una ocasión se halló en tan inminente peligro, que sus soldados lo obligaron á viva fuerza, tanto como era compatible con el respeto profundo que le guardaban, á apartarse siquiera un punto de donde, inútilmente quizás, en aquellos momentos, estaba en riesgo su preciosa vida.

Fuego nutrido seguían haciendo los contrarios, sin tregua, y á medida que avanzaba el tiempo, no obstante que los que no avanzaban eran ellos, tomaban ya imponderables proporciones las calamidades de aquella plaza, no ya con la incesante función de los cañones, sino aun con la escasez de víveres y con la peste, consecuencias inevitables del asedio y del pavoroso hacinamiento de insepultos cadáveres; pero nada abatía el irreducible valor de aquellos esclarecidos patriotas, dignos descendientes de aquél que sonreía, tres centurias antes, en la hoguera, cual si se solazara «en un deleite ó baño.»

Estimábase por los adversarios tan inconmensurable grandeza, y sinceramente la admiraban. Calleja no podía substraerse á esta justa admiración, y, dice Zárate, «mezclando la verdad y la impostura,» escribía al Virrey el 24 de abril:

«Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, fuese con moralidad y dirigida á una causa justa, merecería algún día *un lugar distinguido en la historia*. Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres al son de repiques en celebridad de su *muerte gloriosa*, y festejan con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus *frecuentes salidas*, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias ó de rendición.»

No necesita comentarios esta apología, en gran manera profética, la cual inconscientemente destinaba ya *lugar distinguido en la historia* á los activos *defensores, en celebridad de su gloriosa muerte*.

En otro lugar, el mismo General castellano que preveía la aproxi-

mación de la temida estación de lluvias y estaba convencido de que no había más solución al difícil aprieto en que se hallaba, que la de levantar el sitio, hace preciosas confesiones, resumiendo la historia de su primer descalabro: «El 19 de febrero asalté por cuatro puntos diferentes á Cuautla, que no estaba ni de mucho fortificada como en el día; mi tropa acostumbrada á la victoria, no dudaba obtenerla. Tomé todas las disposiciones que creí convenientes, pero nada bastó, y tres veces fueron rechazados y vueltos á la carga, y en la última fué necesario que yo mismo condujese á los granaderos acobardados.....etc.» Decía lo anterior á fin de obtener la anhelada orden de Venegas que viniera á sacarlo del atolladero en que presentía fundadamente hundirse sin remedio y sin excusa, al caer (¡qué coincidencia anfibológica!) los primeros aguaceros; pero sus rivalidades con S. E. y, por consiguiente, la obstinación dolosa de éste, ¡quién lo creyera! lejos de hundirlo, atenuaron su derrota, obligándolo á permanecer en el papel de héroe por fuerza, para que levantara un campo que no pudo tomar, y libraron á los independientes de un triunfo más efectivo que el muy cabal é indisputable que moralmente obtuvieron.

Si se hubiera levantado el sitio, como fatalmente sucedería, á ser enterados los de la plaza del lastimoso estado sanitario y moral de los que los cercaban, el acobardado ejército de D. Félix María no habría llegado sin novedad á sus cuarteles de México; Morelos, reforzado por Matamoros y D. Miguel Bravo, que no se hallaban muy lejos de Cuautla, habría batido sin dificultad á los «diez mil de la retirada.» Dígalos si nó, el temerario valor y el empuje irresistible con que á principios de abril atacaron él, Galeana y Aguayo el Fortín del Calvario, donde Calleja tenía sus más formidables cañones y morteros, y era, además, punto de apoyo mutuo de su campamento y el de Llano.

Aguayo llegó á penetrar al Fortín, cargando su gente á la bayoneta con la decisión que no conocían los realistas, á quienes desalojó tomándoles la artillería, que no pudo llevarse por el escaso número de su tropa y por no haberle dado tiempo los dos comandantes citados, que unidos cargaron contra él el grueso de sus principales batallones.

Pero lo escrito, escrito estaba, y el 27 de abril perdían los sitiados la última esperanza de ser socorridos con víveres, después de los meritorios é infructuosos esfuerzos de Bravo (D. Miguel) y del diligente Matamoros para forzar las líneas sitiadoras y penetrar á la plaza. Morelos no dejó de cooperar á este intento; pero aunque en éste su postrer combate, dentro del perímetro fortificado, hizo prodigios inefables de bizarría, no se logró el éxito deseado, aunque conquistó nuevos lauros.

El día 30, Calleja ya juzgó oportuno pactar una honrosa capitulación con tan dignos antagonistas, y al efecto envió como preliminares, copias del Bando del Gobierno, relativo al indulto, ofreciéndolo especialmente á los principales caudillos, Morelos, Galeana y Bravo (D. Leonardo). El primero, ya sabemos con qué espartana inflexibilidad escri-

bió al dorso del papel del español: «Igual gracia otorgo á Calleja y los suyos,» y esa misma noche escribió él mismo la orden de aquella brillante salida que inmortalizó á sus actores é hizo célebre el nombre de Cuautla, destruyendo, con genial denuedo, el viejo apotegma: «plaza sitiada, plaza tomada.» Y no se ignoran las proezas realizadas por aquel grupo de macilentos enfermos, que á las dos de la mañana del 1º de mayo de 1812, rompieron como nadie antes lo hubiese intentado, un férreo estrecho círculo, formado con todas las reglas del arte de la guerra y con todos los elementos requeridos, en el amplísimo plazo de setenta y tres días. Ya no suman mil soldados aquellas reducidas tropas y, no obstante, después de que fueron sentidos por los centinelas y atacados por fuerzas infinitamente más numerosas (diez mil hombres lo menos), luchaban intrépidos, sin cañones ni parapetos, sostenidos por las potentes voces de sus bravos capitanes.

Al llegar á la Hacienda de Guadalupe, fueron cercados por todo el ejército enemigo; el caballo en que iba Morelos cae herido, y el General está á punto de ser prisionero; pero los suyos no desmayan, levantan presurosos el alma de su santa causa y, al grito sencillamente tierno que aun conmueve los corazones de los buenos: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la América! ¡Viva la Independencia! arrollan potentes á los que les cierran el paso, y vencen, dejando en el campo sólo ciento cincuenta cadáveres, cuando parecía humanamente imposible que no murieran todos.

Calleja aseguraba que los muertos de esa memorable batalla fueron cuatro mil; pero no era raro en los generales españoles acrecer ó disminuir, según conviniera, la cifra de los contrarios, y este despechado militar, desde sus primeros partes aumentó á su antojo los tres mil defensores de Cuautla. Y no ignoraba el verdadero número: Alamán confiesa que el norteamericano Nicolás Colé, prisionero de los realistas, informó al sitiador detalladamente acerca de todas las condiciones de los heroicos sitiados, y que, á pesar de que tales informes fueron á Calleja de gran importancia, ordenó la ejecución de Colé.

Era natural que algo invocara en su favor el General que nada podía ya contra un enemigo que burlaba su vigilancia de cancerbero, y que por enfermedad ó decaimiento moral no se había dado cuenta de su fracaso, puesto que dos horas y media después de que el ilustre sitiado había roto las líneas de circunvalación, él todavía escribía al Virrey, pidiendo, sin ambages ya, la venia de levantar el cerco, en estos términos: «Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible, y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios. V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.»

Le era sensible, y con razón, haber perdido tiempo, salud y fama en un asedio inútil que costaba un millón setecientos mil pesos, otro tan-

to en municiones y, en cuanto á hombres, una cantidad mayor que el doble de los que perdieron los insurgentes, sin contar ni los valientes jefes, antes mencionados, ni los heridos, ni los atacados de las fiebres palúdicas que de aquel infernal país llevaba al Gobierno como fruto de su infeliz expedición; fruto amargo que saborearían los habitantes de México, Puebla y otras ciudades de las más populosas del reino. ¿Qué botín le brindaba la población desocupada por su libre enemigo? Escombros y montones de muertos en las calles y casas; lamentos y maldiciones de heridos y enfermos en las iglesias, mitad hospitales, mitad *morgues*; en los débiles parapetos, mudos é irrecusables testigos de insólitos valerosos actos de los defensores, y en todos los ámbitos, la inevitable convicción propia de que, trocados los papeles, Morelos habría vencido en tres horas (no tardaba en demostrarlo la toma de Oaxaca), y él, Calleja, habría sucumbido al primer embate, el del 19, aun cuando no hubiera sido tan terrible como debiera serlo, á dirigirlo Morelos ó Galeana.

Y después, al volver á la capital, ¿qué esperaba de todos aquellos que entusiasmados á su vuelta de Zitácuaro, le arrojaban flores y cifraban en él tan risueñas esperanzas ya desvanecidas? La fría indiferencia y el irónico voto de gracias de S. E., satisfecho de poder quitar justificadamente el mando á su rival, para confiarlo á otro General, al Conde de Alcaraz.

Pero no se trata de presentar pequeño á Calleja, no lo era tanto, ni Morelos lo necesita para ser ensalzado, y, por otra parte, el valiente soldado español que tuvo la honra de combatir contra tan insigne adversario, posteriormente fué justo hacia él. Dice Zárate, citando á Bustamante: «El mismo Calleja, algunos años más tarde, y cuando retirado á su patria podía juzgar con entera calma los sucesos en que tuvo tan principal participio, se complacía en proclamar el mérito de los ilustres defensores de Cuautla, enalteciendo entre todos al denodado Morelos. 1

Alamán, también citado por Zárate, se rinde á la evidencia, y escribe: «en cuanto á Morelos..... se volvió á presentar pronto en campaña, más pujante y temible que antes. Su reputación había crecido con los últimos sucesos, y aunque en el resultado del sitio de Cuautla el triunfo quedase por parte de los realistas, la fama y la gloria fueron sin duda para Morelos.» 2

1 Ibid. Pág. 298.

2 Ibid. Pag. 298.

*
* *

Cuatla es el compendio de la gloria y virtudes del primer americano del siglo: si se le estudia como guerrero, nada hay que agregar, leyendo sus épicas acciones y los elogios aun de los que naturalmente le eran hostiles; si como hábil gobernante, responde la general alegría de una plaza agobiada por inconcebible aglomeración de cataclismos; si como filántropo, nótase la tierna compasión hacia los oprimidos, y su amor, abnegación y cuidados paternales para con su pueblo, demostrados durante el sitio y especialmente el 1º de mayo, su gran día de prueba, en el que resplandece más su magnanimidad incalculable, cuando por no abandonar á la barbarie de los chasqueados sitiadores la población indefensa, carga con los habitantes de Cuatla como buen pastor, comprometiendo, no ya la impedimenta de su tropa, sino aun la propia existencia.

*
* *

Nos es penoso suspender esta breve reseña histórica, pero es imposible continuarla en razón de que se haría interminable, en el escaso tiempo que aun nos queda, este ya difuso trabajo.

Sentimos no poder seguir las luminosas huellas del Generalísimo desde Ocuítuco á Izúcar, Chiautla, Córdoba, Orizaba, Aculcingo, Huajuapán, Tehuacán y Etlá hasta Oaxaca, sitios todos donde sus armas obtuvieron rápidas y brillantes victorias, utilísimas á la causa nacional.

En todas y cada una conquistó personalmente y por medio de sus capitanes los Bravos, Matamoros, Trujano el devoto é invicto sitiado por más de cien días, inmarcesibles lauros, apoderándose de enormes cantidades de municiones, cañones y pertrechos, de miles de prisioneros, riquísimos convoyes como el del valiente Labaqui, de gruesas sumas de numerario, de multitud de efectos valiosos y productos de aquellas comarcas que significaban al Gobierno colonial muchos millones de pesos, 1 y, sobre todo, sustrayendo del dominio español la importante zona del Sur, la más rica y vasta de lo poblado del reino, interceptando las vitales comunicaciones de la capital misma.

Quisiéramos hacer notar los contrastes que á primera vista resultan si se comparan los ataques y sus éxitos, condiciones y elementos de las dos plazas en que figura el gran Morelos como actor, ora defendiendo, ora asaltando, Cuatla y Oaxaca.

La primera, débil villorrio de accesible topografía, es inexpugnable, únicamente por que él la defiende; la segunda, ciudad principal rodeada

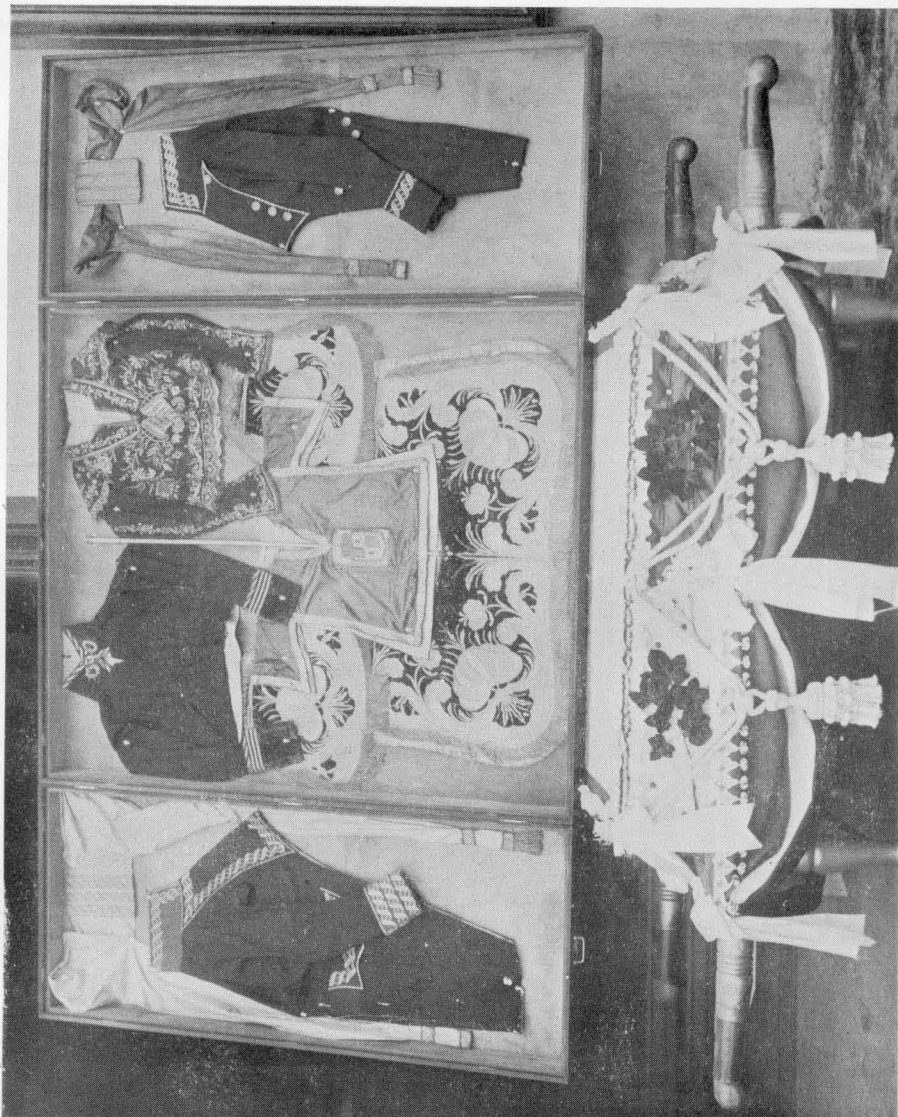
1 Sólo el depósito de tabaco quemado en Orizaba por orden del Morelos, representaba un valor de más de catorce millones de pesos.

de escarpadas trincheras naturales, resistentes muros de soberbios edificios, coronada de imponentes bocas de fuego (sesenta cañones, cuatro veces el número de los de Cuautla), con víveres y municiones para resistir un año, y con una guarnición numerosamente igual si no es que superior á los asaltantes, es tomada en tres horas, sólo por que así lo prevenía á sus espartanas legiones, diciéndoles en esta sobria orden del día: «A acuartelarse en Oaxaca.» No por ser tan rápida esta célebre acción dejó de entrañar episodios de esplendente y sublime patrotismo; allí se mostraron tal cual eran los Galeana, Bravo, Matamoros, Guerrero y el invicto denodado Victoria (antes Fernández), digno de figurar en Ilión: el que al oponérsele un ancho foso de agua y viendo vacilar á sus soldados, desprecia las balas y grita á los enemigos del lado opuesto, al mismo tiempo que les envía su propio acero: «Va mi espada en prenda, voy por ella,» y se lanza á nado á honrar su caballeresca arrogancia.

No nos es posible continuar reseñando tantos y tantos triunfos como los de Acapulco, en el sitio y toma de la plaza y fortaleza, que con tanta constancia estuvo amagando Ávila, mientras que su infatigable General no decidiera ir á ocuparlos.

Quisiéramos al continuar proclamando sus victorias acompañarlo en sus derrotas, que también las tuvo, ¿por qué nó? y en su propia Carthago por arcanos inescrutables, como el insigne vencido de Escipión; siendo en la derrota tan colosal como lo fué en la bonanza, pues que después de ser batido por Llano é Iturbide, escribe á un amigo: «*Todavía queda mucho de Morelos, y Dios todo entero.*» Y era verdad: mucho de Morelos lleva impreso la proclamación de la Independencia que desde un principio él se esforzó por desenmascarar, separando su causa de la del pobre Fernando VII; mucho de su espíritu gigante quedó impregnado en la abolición de la esclavitud y en la primera carta constitucional de la Nación; mucho en S. M. el Congreso que le debió el ser, la unidad y las más felices ideas é inspiradas soluciones en los asuntos más árduos; pero somos impotentes para cantar las preclaras cualidades del integérrimo Jefe del Poder Ejecutivo, del immaculado «Siervo de la Nación,» del abnegado que, escoltando al Congreso en su éxodo heroicamente doloroso, cae en manos del sanguinario Concha, lleno de magestuosa serenidad, diciendo como el nazareno sublime al que le aplicara inmundo beso: «Parece que nos conocemos, Sr. Carranco,» lo que equivalía ó al menos substituía la frase sagrada: «¿Qué venís, amigo mío?»

No necesitamos tampoco consignar aquí las atrocidades de los dos odiosos tribunales que le formaron sendas causas y lo condenaron á degradación y muerte. Esta augusta tragedia merece especialísimo estudio y no queremos tratarla á la ligera en estas líneas inspiradas en los inimitables hechos militares del héroe por excelencia, y en los bienes consecutivos de ellos para la causa de la libertad. Nadie ignora, por lo de-



Uniforme de Morelos.

más, que su muerte fué como su vida; concierto armonioso de valor heroico y noble generosidad; altivez y bondad: virtud, luz, preexcelsa gloria!!

*
* *

Para concluir, permítasenos recapitular brevísimamente lo reseñado, y rectificar algunos puntos en que nuestra humilde opinión diside enteramente de la de algunos escritores acerca de la preponderancia de ciertos países, con respecto á otros en nuestra América, en virtud de sus éxitos y de los méritos de sus respectivos hombres ilustres, protestando producimos con verdad y sin pasión, según lo han demostrado el principio y secuela de lo que va escrito. Á las naciones todas las juzgamos, sin distinción de nombres, de iguales origen y destino, y á los héroes según su valer moral, para cuya apreciación no se toma en consideración el eficiente de sus triunfos, más bien la pureza de sus miras, la integridad de su conducta y la magnitud de sus ideas, aunque no siempre el éxito haya correspondido á sus afanes. Es, por otra parte, notoriamente cierto que todos los esforzados campeones de que se ha hecho referencia, aun los más aptos, fueron, á excepci6n del invicto Vicente Guerrero, batidos en más de una ocasi6n por afortunados realistas.

IV.

El movimiento revolucionario más efectivo en la América del Sur fué el de los argentinos y alto peruanos, quienes, después de obtener señalados triunfos y sufrir también serias derrotas, lograron emanciparse de España y ayudaron á los chilenos y peruanos á sacudir el yugo opresor. Belgrano, Saavedra, Castellí, Ocampo, Artigas y Benavides, Alvear y San Martín, fueron coronados por victorias sucesivas, pero también sufrieron desastrosos reveses, inevitables en toda lucha.

El régimen virreinal cesó de hecho en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810; pero la Independencia de las provincias unidas del Plata no se proclamó sino hasta el 9 de julio de 1816, en Tucumán, ¹ y, aunque al principio de la revoluci6n, los bonaerenses sin quemar un cartucho de-

1 «No habiendo aceptado las facciones (sic) del Reglamento (se refiere al bosquejo de Constitución Política), el pueblo se amotinó el día 22 de noviembre del año de 1811, sancionando el *Estatuto Provisional del Gobierno del Río de la Plata á nombre del señor don Fernando VII.*» Debe advertirse que hasta la declaraci6n de la Independencia por el Congreso de Tucumán, en 1816, la idea revolucionaria no se había escrito ostensiblemente en las banderas y proclamas, por cuanto se hacía de una manera indirecta, de temor de la acci6n con que podía y debía contrarrestarla España y sus aliados. —Urien. Hist. y Geog. Argentinas. Pág. 33.

pusieron fácilmente al Virrey Cisneros y se erigieron en Junta de Gobierno, ésta no fué reconocida en adelante por todas las provincias del Virreinato, y después de ensayar distintas formas de administración, la anarquía se enseñoreó en aquel vasto territorio, y como consecuencia, la desmembración del mismo no se hizo esperar; el Paraguay, que por sugerencias del Dr. Francia, rechazó á las fuerzas auxiliaadoras de la Junta que mandaba Belgrano, quedó para siempre segregado; la Banda Oriental (el Uruguay), quedó también separada para siempre de la nación argentina, y el mismo Alto Perú, á donde primero enviaron secciones auxiliaadoras (que verdaderamente á quien auxiliaban era á la misma Argentina, puesto que no salían de sus límites), auxiliado y auxiliador de argentinos y peruanos, se separó cuando consumó su Independencia, ayudado también por Bolívar y Sucre.

Los argentinos, que se dicen los primeros de América en aquella memorable época y que llaman á Buenos Aires la cuna de la libertad del Continente latino-americano, ¹ no sólo no fueron los primeros, ni consumaron en rigor su Independencia antes que nosotros, ² sino que ni siquiera pudieron libertar todo su suelo. México, no salvó únicamente sus 200,000 leguas cuadradas, sino que las aumentó con toda el área que ocupan los pueblos de Centro América, que aunque no todos permanecieron en lo sucesivo bajo nuestra bandera, sí continuó Chiapas. Desde 1821 hasta 1824 la inmaculada bandera tricolor ondeó desde el río Sabinas hasta el istmo de Panamá.

Afirman que la influencia platense se hizo sentir entonces desde Buenos Aires hasta el mismo Panamá, que ellos generosamente derramaron su sangre y su oro para libertar á toda la América del Sur: hay algo de cierto, pero hay que modificar tal aseveración, pues lo que puede asegurarse sin exagerar es que ellos hicieron causa común con los demás, por convenir así á sus vitales intereses, y la ayuda que impartieron, recíprocamente la recibieron de sus auxiliados: si coadyuvaron á la liberación de Chile, éste y los granadinos les ayudaron á vencer á los realistas del Perú, que impedían la emancipación del Alto Perú, parte integrante de las Provincias del Plata, y si auxiliaron también á Colombia, Colombia entera los socorrió eficazmente y con Bolívar y Sucre consumaron la redención del mismo Alto Perú (Bolivia).

Su generosidad, no por ser obligada, deja de ser meritoria, pero era indispensable: sin atacar á los realistas de Chile y del Perú, éstos hubieran marchado contra Buenos Aires y hubieran sido efímeras las fáciles y prematuras victorias de la Junta, Directorio y Triunvirato argentinos.

1 Magariños. Pág. 102.

2 «El 28 de noviembre de 1815, en Sipe-Sipe, Pezucla derrotó de la manera más completa á las tropas de Rondeau, que era el mejor ejército que hasta entonces organizó la Revolución.» Urién. Pág. 38. Y á este golpe mortal se debieron los desastres de las fuerzas argentinas en Santa Fé (Montonera) en 1816 siguiente.

En cuanto á su influjo en los destinos de los otros países hermanos, no lo negamos; lo ejercieron como mutuamente lo ejercieron á su vez los demás en los mismos argentinos; pero la influencia mexicana fué á todas luces la más poderosa y eficaz, no sólo en Centro-América, sino en todo el Continente. Ayuda moral y pecuniaria la impartió México á todos, puesto que todos defendían la misma causa. Véanse si no, los tratados de alianza con Colombia cuando todavía no se consumaba la Independencia de toda la América Meridional, y recuérdese que, no hace mucho (dos ó tres años), Venezuela declaraba públicamente que la deuda hasta entonces insoluta que contrajo con México, era sagrada, porque provenía de préstamo hecho en tiempo de la Independencia venezolana. ¹

Además, apenas establecida la República, el Presidente D. Guadalupe Victoria prestaba toda clase de auxilios á los cubanos residentes en el país, que conspiraban contra la opresión de su Isla. El Congreso nacional autorizó al Ejecutivo para que se hostilizase á los españoles fuera de nuestro territorio, y, al efecto, se ordenó que parte considerable del ejército se acantonase en Yucatán para que fuera embarcado con rumbo á Cuba. Santa-Ana, Gobernador de la Península maya, embarcó quinientos hombres por su propia cuenta, destinados á tomar las fortalezas cubanas del Morro y la Cabaña.

Si la expedición no llegó á efectuarse, culpa fué de nuestras dificultades intestinas; pero no por ello dejó de impartirse ayuda pecuniaria, oficial y privada, á los patriotas antillanos; si las tentativas del gobierno mexicano no los favorecieron como lo necesitaban, sí pusieron en jaque á las naves españolas del Atlántico y beneficiaron indirectamente á los sud-americanos, puesto que los ruidosos aprestos para la invasión de Cuba por nuestros soldados alarmaron á España y la obligaron á concentrar gran parte de sus fuerzas para defender á la mayor de las Antillas. ²

V.

En cuanto al influjo moral de México en la emancipación de las cinco repúblicas de Centro América, influjo feliz en el que no tuvieron sino principalísima parte el gran Morelos y su digno Teniente General Matamoros, júzguese de su superioridad sobre el que pudieron ejercer los

1 En 1826 D. Vicente Rocafuerte, representante de México en Londres, prestó á la República de Colombia sesenta y tres mil libras esterlinas, sin réditos ni intereses de ninguna clase. Colombia no pagó durante treinta años ni un solo penique á México, y en 1857 el Gobierno liberal de la República enagenó el crédito á muy bajo precio, á un comerciante de esta plaza.

2 Olavarría y Ferrari. «México á Través de los Siglos.» Tomo IV, cap. XII, págs. 152 y siguientes.

sudamericanos, por la lectura de los siguientes párrafos tomados de autores extranjeros, centro y sud-americanos, y de documentos irrefutables como lo son el manifiesto del Gobierno colonial (sic), ya convertido, de Guatemala al pueblo de Costa Rica, y el acta de Independencia del mismo pueblo:

«.....Establecióse aquí como en Europa igual despotismo, cometiéronse las mismas depredaciones, púsose el mismo yugo sobre la cerviz de los colonos. Mas la guadaña del tiempo había cortado las raíces del vetusto tronco en que se apoyaba la tiranía, y éste no pudo vivir más: lentamente fué secando é inclinándose hacia el polvo de la tierra para confundirse con él.

«Faltaba el empuje de un brazo para que se derrumbara con estrépito, y ese brazo fué el de Jorge Washington, el de Miranda, el de Bolívar, el de San Martín, el de Hidalgo y el de Morelos.» (Montero Barrantes.—Historia de Costa Rica. Cap. XXXVI, págs. 163 y 164.)

«Ya los síntomas se habían manifestado en Centro América. El 5 de noviembre de 1811 estalló en San Salvador una conspiración fraguada por el Presbítero D. Matías Delgado, D. Manuel José Arce, el Padre D. Nicolás de Aguilar, D. Juan Manuel Rodríguez y otros, con el objeto de apoderarse de tres mil fusiles y más de doscientos mil pesos depositados en las cajas reales, para sustentar con estos poderosos elementos la proclamación de la independencia á que aspiraban; pero no existía un plan bien combinado, ni los recursos indispensables para una empresa que, por otra parte, no contaba todavía con la simpatía de todos los pueblos, y el intento fracasó.» (J. B. Calvo.)

«Otras sublevaciones tuvieron lugar en León de Nicaragua en 13 y 26 de diciembre del mismo año, y en Granada el 22. Todas fueron reprimidas.

«En Guatemala, en 1811 y 1813, y de nuevo en San Salvador en 1814, muchos patriotas distinguidos fueron perseguidos y procesados porque conspiraban ó por sus benéficas manifestaciones en favor de la independencia.» (Ibid. Pág. 169.)

«Gobernaba á la sazón en Guatemala el Brigadier D. Gabino Gainza y en Costa Rica el Teniente Coronel D. Juan Manuel Cañas. Las noticias recibidas en la primera, de los sucesos de México, produjeron una gran efervescencia en todos los ánimos y determinaron la corriente de la opinión pública en favor de la completa separación de la Madre Patria.

«Gainza no quiso ó no pudo oponerse al curso de los acontecimientos, y con fecha 14 de septiembre de 1821 dirigió la siguiente circular que precedió á la proclamación de la independencia.

«Asuntos del mayor interés que pueden ocurrir á la felicidad y tranquilidad públicas, han llamado en el día toda la atención de esta Superioridad.—En su consecuencia he dispuesto que el Ilmo. Sor. Arzobispo y los individuos del Ven. Cabildo Eclesiástico, por ausencia del Sr. Re-

gente, dos de los s.s. Ministros de la Auda. territorial, el primer Alcl., dos Regidores y dos de los Síndicos del Ayuntamiento Constitucional, dos individuos de las Corporaciones, el primer Jefe ó Comandante de cada Cuerpo Militar de esta guarnición, el Sr. Auditor de Grra., el Protomédico, un prelado de cada orden, los Padres Curas de la ciudad y los Secrets. de Govno. y Diputación Provl. se reunirán el día de mañana 15 á las ocho de ella en el Salón de Palacio, por lo tanto espero (que U.) no faltarán á la hora señalada á fin de que auxilién con sus luces; y de quedar enterado U., espero el correspondiente aviso.—Dios Gue. á U. ms. as.—Palacio de Guatemala, 14 de Setb. de 1821.—Gabino Gainza.»

«A consecuencia de la convocatoria que precede, se reunieron las personas allí citadas estando presente una multitud de gente de todas condiciones que pedía la independencía. Después de haber hecho uso de la palabra varios de los comprendidos en la circular, se extendió la famosa acta que contenía la declaratoria explícita de que Centro América asumía la plenitud de sus derechos.» (Ibid., pág. citada y siguientes.)

El rumor de los acontecimientos verificados en Guatemala había llegado á Costa Rica, y se esperaba ansiosamente tener conocimiento exacto de ellos. Había una agitación extraordinaria en todos los espíritus, que se sentían dilatados con las auras de la libertad, que á través del Océano y de las selvas llegaban á este rincón. Por fin llegó el momento. A las doce del día, sábado 13 de octubre del mismo año, se recibió la correspondencia que traía el correo mensual de Guatemala y León, entre la cual venía el MANIFIESTO del Sr. Gainza y un acuerdo de la Diputación Provincial de León, acompañado de un oficio del Jefe Político Superior de la misma ciudad.

El primero de los documentos citados decía así:

«El Gobierno de Guatemala os habla, ciudadanos, de lo que vosotros mismos habéis proclamado.»

.....

.....

.....

«Resonó en la Nueva España la voz de la independencía y los ecos se oyeron al momento en Guatemala: se encendió entonces el deseo que jamás se había apagado; pero los Guatemaltecos, pacíficos siempre y tranquilos, esperaban que los de México llegasen á su último término. Duró meses esta expectativa; pero la energía de los sentimientos crece en progresión. Las noticias de N. España la aumentaban á cada correo. Se movió Oaxaca; ¹ el movimiento pasó á Chiapa, que está en contacto con ella.»

¹ Y después de tomarla gloriosamente el gran Morelos, su intrépido segundo, el Sr. Matamoros, dió elocuentísima lección en Tonalá á los realistas de Guatemala, que temerariamente habían traspasado las fronteras que entonces los separaban de los indomables insurgentes.

«Era natural que se comunicase á todas las provincias porque en todas ellas es una la voluntad, uno el deseo. Mantenerse indiferentes era quedarse aislados: exponerse á divisiones funestas; cortar relaciones y sufrir todos los riesgos.» (Manifiesto citado.)

«Este discurso de los hijos de Guatemala produjo los efectos del rayo. Abrasó los pechos: encendió los deseos, y el Gobierno, espectador de ellos, consultó al instante á la Excm. Diputación Provincial, llevando á la vista los papeles oficiales de Chiapa.» (Montero Barrantes. Pág. 179.)

«Cuando algunos funcionarios, sin resistir la independencia, decían solamente que se esperaba el resultado final de México, un murmullo sordo, pero perceptible, indicaba la desesperación».....etc.
(Palacio de Guatemala, 15 de septiembre de 1821.—Gabino Gainza.—Rúbrica.)

«.....En la ciudad de Cartago, á los veintinueve días del mes de Octubre de mil ochocientos veintiuno, con premisas de las plausibles noticias de haberse jurado la independencia en la capital de México y en la Provincia de Nicaragua, juntos en cabildo extraordinario y abierto el M. N. y L. A. de esta ciudad, los señores Vic^o y Cura Rector, el Ministro de Hacienda pbca., innumerables personas de distinción y pueblo, se leyeron los oficios y bando del S. J. P. superior, don Miguel González Saravia, de 11 y 18 del corriente en que conforme al voto de los partidos de Nicaragua se juró en León el día 11 del mismo la independencia absoluta del Gbno. español y bajo el plan que adopte el imperio mexicano.—Habiéndose leído también el manifiesto de Guatemala sobre el verdadero aspecto de su independencia, por unánime voto de todos los circunstantes se acordó: 1^o Que se publique, proclame y jure solemnemente el jueves 1^o de noviembre la Independencia absoluta del Gobierno español; 2^o Que absolutamente se observarán la constitución y leyes que promulgue el Imperio mexicano, en el firme concepto de que en la adopción de este plan consiste la felicidad y verdaderos intereses de estas Provs.; 3^o Que se proceda inmediatamente á recibir el juramento correspondiente, etc.....»

«.....El poderío del león ibero había terminado en Centro América. Esta era libre, é iba á entrar en el concierto de las naciones, guiada por el águila triunfadora del Anáhuac.

Y nótese que todo esto se refiere á tiempo notoriamente anterior á las gestiones de Iturbide y, con mayor razón, á la impolítica incursión del impopular General Vicente Filisola.

Por lo que atañe á lo que consientemente asentamos al principio, acerca de la eficaz cooperación de Morelos á la liberación del resto del Continente, creemos estar en lo justo: recuérdese la bonancible situación del tesoro virreinal de Nueva España al iniciarse su glorioso le-

vantamiento, así como el armipotente estado de defensa que guardaba, y meditando sin prejuicios de ninguna especie las victorias de Morelos tan oportunas y preciosas para su causa, se convendrá en que, el menos versado en filosofía histórica descubrirá fácilmente este fatal axioma: Sin los triunfos de Morelos, el virrey no sólo hubiera podido pacificar su jurisdicción, sino que habría además acudido, con toda probabilidad, casi con la certeza de obtener completo éxito, en auxilio de los demás virreyes y gobernantes realistas del Sur. La razón es obvia y sencillamente lógica: tenía á su disposición antes de las campañas morelianas, muchos millones de pesos en efectivo y valiosos productos que monopolizaba; muchos miles de soldados bien provistos de cuanto era entonces necesario para entrar en acción, y un militar superior á todos sus paisanos, el General Calleja del Rey, con cuya gloria sólo Morelos podía dar al traste; una población europea, naturalmente adicta á la corona, más rica y numerosa que la de todas las colonias españolas juntas; un alto clero inexorablemente dispuesto al crimen, si preciso fuese, para martirizar al *infidente* y lanzarlo á los infiernos en último caso. Una Inquisición más temible y tenebrosa que la de la España de Felipe II, y una comunicación marítima con la Metrópoli más corta y directa que las de las otras posesiones. El Jefe supremo de la revolución en México, el ilustre Rayón, no podía sostenerse por sí solo (sin Morelos) en el interior (Bajío) del país, y siendo batido más pronto de lo que fué, hubiera dejado á los realistas expeditos para unirse á los de Guatemala y el Perú, y estando como estaban Chile, Nueva Granada y Ecuador, ya pacificados entonces, y antes que Brown derrotara la flotilla de Romarate en el Plata, habrían con facilidad colocado de nuevo, si les placía, al mismísimo Cisneros en la capital argentina. Existiendo Morelos, no pudo coexistir la preponderancia española en América. Desposeyó á los poderosos realistas de sus soldados criollos, de sus cañones y fortalezas, de su dinero, tabaco, añil, grana y vainilla oaxaqueños y guatemaltecos para convertirlos en fusiles, como escribía á Rayón, dejando á la real Hacienda en tal penuria, que para atender á las más urgentes é indispensables erogaciones hubo que recurrir, por la quincuagésima vez quizá, á los préstamos forzosos y aun á la venta y fundición de los ornatos y platería de los templos todos, exceptuándose apenas los vasos sagrados. ¹ Y no sólo le arrebató su fama á Calleja, si que también, con el heroísmo y generosidad sin precedentes de él y sus dignos capitanes (Bravo), trasladó el prestigio y añeja veneración de las oriflamas flordelisadas que proclamaban el derecho divino de las realezas, á las nobles é insurgentes banderas, eminentemente

1 Véase la orden ya citada del Virrey Venegas á Calleja para que atacara á Morelos —8 de febrero de 1812— y se verá que no privó al Real Erario de recursos por medio de actos vandálicos, sino en buena lid, aniquilando al enemigo é interceptándole sus principales comunicaciones.

republicanas, en cuyo escudo campearía muy en breve el águila de Tenoch, soberana y augusta, que ya protegía, no sólo á sus polluelos, sino también á los cachorros criollos, que como la indómita Leona Vicario se acogieron á la sombra de sus potentes alas.

VI.

Como se ha visto, los patriotas de las repúblicas hermanas del Sur heroicamente lucharon para obtener su Independencia; pero nosotros no les cedimos un punto en arrojo y bizarría: mientras ellos luchaban unidos contra un común enemigo menos fuerte que el nuestro, y que no pudiendo hacer frente á todos simultáneamente se debilitaba como por fatalismo más y más, ¹ nuestros héroes luchaban desesperadamente sin ayuda extraña, contra un adversario infinitamente más poderoso. Aquéllos poseían desde el comienzo de la contienda toda clase de elementos no tomados al enemigo, como lo hicieron los mexicanos, sino ya en sus manos desde que servían á la corona castellana. Allá se pronunciaron en primera línea los militares y gobernadores; aquí humildes y pacíficos eclesiásticos. Aquéllos contaban con tropas disciplinadas y perfectamente armadas y equipadas; aquí improvisaban tropas con medrosas y desordenadas chusmas en su mayor parte, sin más armas que flechas y hondas inofensivas contra la metralla, las balas y las bayonetas realistas. Los del Sur fueron preciosamente ayudados en el mar por escuadras ó flotillas mandadas hábilmente por valientes marinos extranjeros ² y en tierra socorridos con dinero y un contingente no despreciable de más de nueve mil hombres también extranjeros; los de Nueva España, entregados á sus propios esfuerzos, se emanciparon solos. En aquellas latitudes la ya caduca marina española, sin bases firmes de operaciones; en éstas, las naves realistas se abrigaban y reforzaban en segurísimos asilos de uno y otro océano, tales como Acapulco, San Blas, Veracruz y los puertos de Cuba y las Floridas. Y, sin embargo, México venció por su propio poder, y, como las demás naciones latino-americanas, limpió los mares de los buques españoles que amenazaban nuestros litorales, ¡con sólo noveles marinos mexicanos!

Ahora bien, si personalizamos estas rectificaciones, si nos referimos concretamente á los héroes, también tendremos que concluir sin jactancia, que los nuestros, Morelos por ejemplo, es el primero de su siglo, el

1 «Son dignas de mención las victorias conseguidas por el gobierno (virreinal) de Lima, por más que no le fuesen de verdadero provecho, pues obligado á diseminar sus fuerzas para luchar con los sublevados de Quito, Alto Perú y Chile, es fuerza reconocer que su situación era muy comprometida.»—R. C.—Hist. de la América del Sur. Pág. 111.

2 El irlandés Brown, en Buenos Aires; el holandés Brion en las playas de Nueva Granada, y el inglés Lord Cochrane en las costas chilenas.

legendario, el más notable é inmaculado: San Martín, el más celebrado de los argentinos, no puede comparársele, no fué desinteresado, ni amaba lo suficiente la libertad para dominar sus ambiciones monárquicas. El siguiente trozo de una obra de autoridad reconocida, al atestiguar lo asentado, coincide con las miras que dejaba traslucir Bolívar en el Congreso de Panamá.

«Por ese tiempo (1827-1828) don Vicente Rocafuerte, que se había mostrado celoso republicano, desempeñaba en Londres el importante encargo de representar al gobierno de México, que le había nombrado ministro plenipotenciario. Hacia el mes de abril, Rocafuerte había descubierto algo de la trama política encaminada á cambiar la organización republicana en América, y con fecha 20 del mismo mes dirigió una extensa nota al Ministro de Relaciones en México, en la cual avisaba: que un señor García del Río, monarquista decidido y hombre peligroso y de amaño, aparecía como agente propulsor del cambio para establecer monarquías en las repúblicas hispano-americanas.

«De pronto García del Río se presentaría al gobierno de México haciéndole grandes ofrecimientos de dinero, por vía de empréstito, apoyados en cartas de recomendación del famoso banquero Laffite y otros muy acreditados; pero su objeto principal sería aumentar los elementos de discordia, calcular la fuerza de los partidos y graduar las resistencias que los republicanos pudieran oponer á los monarquistas.

«El pensamiento era maquiavélico, y Rocafuerte aseguró que tan audaz personaje pretendía realizar el vasto plan de formar, con auxilio del emperador del Brasil, una monarquía de Buenos Aires y Chile, colocando en ella á un príncipe del agrado del emperador de Austria; hacer del Alto y del Bajo Perú otra monarquía para el General San Martín; dejando á Bolívar de presidente perpetuo, de emperador ó rey, como quisiera titularse en Colombia.

«Es de creer que el mismo General San Martín era uno de los que más impulsaban la idea, aguijoneado por la ambición: no disimulaba sus opiniones, y Rocafuerte afirma que, hallándose en compañía de Michelena, le oyó decir: *«que las instituciones republicanas no convenían á la América; que el país no estaba bastante adelantado para ese sistema de libertad; que la paz, primer bien de toda sociedad, no podría fijarse entre nosotros sino bajo la monarquía.»*

«El hecho referido viene confirmando el concepto de que, si bien allá en Europa flotaba la idea de fundar monarquías en América, americanos eran los que allí robustecían el pensamiento y le daban consistencia con sus frecuentes solicitudes.» ¹

Aunque esta transcripción indirectamente implica también cargos contra Bolívar, queremos absolverlo y declararlo el único de los sudamericanos que por su fama pudo aspirar á ser comparado con More-

1 Olavarría y Ferrari.—«México á través de los siglos.» Cap. XIV, pág. 175.

los. Lo que hemos dicho antes que haya sido desfavorable á tan distinguido patricio venezolano, no lo rebuscamos expresamente en su contra; sencillamente forma parte de una fiel narración, de cuyo sereno tono no nos hemos despojado ni aun al tratar otros puntos, por vía de rectificación á lo expuesto por algunos autores apasionados.

*
* *

Las rectificaciones que acabamos de hacer no obedecen á un deseo de aparecer nosotros como el primer pueblo del Nuevo Mundo, sino á un espíritu de justicia, que no por empezar en nuestra propia casa, deja de ser la más estricta. Por otra parte, en América ningún pueblo es primero que otro ni ninguno inferior á los demás; todas las naciones latino-americanas son igualmente nobles desde su origen, del mismo modo heroicas é igualmente hidalgas por atavismo. Todas son dignas de hermosa suerte, todas persiguen los mismos ideales y en todas germinan idénticas ideas, grandiosas y elevadas. En este año una y otra porción de América celebran y conmemoran el más feliz y colosal acontecimiento en sus anales, y México fraternalmente las saluda. No pretendemos opacar la refulgente fama de aquellos héroes hermanos nuestros, de hace un siglo; sino, al contrario, con devoción rememoramos sus preclaros nombres y les ofrendamos nuestra entusiasta admiración; pero el modesto trabajo que emprendimos, casi se limita á poner de relieve las excelcitudes del inmortal genio que lo inspirara, y, para terminar, haremos la síntesis del bello parangón establecido:

*
* *

Bolívar, nació de familia ilustre, como Washington; como él, tuvo una fortuna que generoso puso al servicio de su patria; como él, la libertó y guió en la senda de los pueblos libres, y como él, murió retirado á la vida privada.

Luchó como Belgrano, Artigas y San Martín; venció, como ellos, y como ellos fué héroe y obtuvo por lauro ver coronados sus afanes, emancipando como ellos á cinco naciones, que como libertador lo aclaman. ¡Honor á él!

*
* *

Morelos nació pobre y humilde como Jesús, su divino Maestro; como él, se dedicó desde su infancia á rudos trabajos; como él, abrazó gustoso una vida de sacrificios incesantes; como él, predicó el evangelio, con el que consoló al proletario, al huérfano y á la viuda, y curó á

las almas; como él, marchó voluntariamente á su Gólgota y fué entregado por los suyos, inicuamente juzgado por fariseos, y muerto en un patíbulo.

Como Mahoma tuvo su hégira, con elocuencia sobrehumana recitó su Corán á las multitudes y al golpe de la cimitarra suriana, implantó el islamismo de la libertad.

En el Congreso fué tribuno como Cicerón, integérrimo en la administración como Trajano y Antonino, y en el combate, lacónico, espartano é intrépido como Leónidas; fué héroe como Aquiles, astuto como Aníbal, magno como Alejandro, vencedor como César, legislador como Moisés, redentor como Hidalgo y mártir como Cristo!.....

¡SOMBRAS ILUSTRES DE LOS HEROICOS GUERREROS SUDAMERICANOS, LOS MÁS CONSPÍCUOS, QUE OS LLAMÁIS O'HIGGINS, BELGRANO, ARTIGAS, MIRANDA, PÁEZ, BOLÍVAR Y SAN MARTÍN: PRESENTAD LAS ARMAS ANTE MORELOS, EL MODELO MÁS ACABADO Y SUBLIME DE QUIEN FUISTEIS DIGNOS ÉMULOS!.....

¡LA LUZ HA ELIMINADO YA LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE: TOCAN Á GLORIA!

México, 1º de mayo de 1910.

